figuras y episodios de la historia de méxico

Alfonso Trueba

La Guerra de Tres Años

(2a. Edición)

Opinión del Maestro Don José Vasconcelos

JOSE VASCONCELOS
BIBLIOTECA MEXICO
PLAZA DE LA CIUDADELA NUM. 6
MEXICO, D. F.

Junio 3 de 1954

Sr. Don ALFONSO TRUEBA.
Editorial "Campeador".
C i u d a d .

Muy estimado amigo:

Lo saludo con emoción, la emoción rara de descubrir a un escritor de cepa. Al abrir el paquete postal que traía sus cuadernos, dí con el de Hernán Cortés: excelente, y esto ya me obligó a continuar la lectura. El folleto dedicado a Santa Ana esté escrito con brillantez, valentía veracidad y dramatismo. La influencia del poinsettismo en todo el proceso, está presentada con una franqueza única. En lo que yo conozco de história aun escrita por los conservadores, parece haber ignorancia o temor de señalar la influencia masónica; usted la apunta con sencillez; todo eso de la "quinta columna" formada por yorquinos, es de una lucidez ejemplar.

Toda felicitación me parece corta. Todo está escrito con una pasmosa libertad de expresión y por lo mismo resulta fuerte y convincente. Me pregunto, ¿de dónde ha salido usted?. Lo único que me parece por el momento, necesitado de corrección, es la forma de lanzar todas estas verdades deslumbradoras en folletos necesariamente desligados uno del otro. Es urgente ligarlos en volumen coherente, pero de todos modos, y tiempo habrá para esto, lo que quiero es enviarle mi felicitación más calurosa. Confío en que he de conocerle. Hace tiempo tengo en la cabeza un plan para un libro continental que sólo una persona como usted puede llevar adelante.

Me suscribo su amigo y S. S.

[signature]

300

ALFONSO TRUEBA

La Guerra de Tres Años

(2a. Edición)



Editorial Campeador. México, 1954.

1a. Edición.—1000 ejemplares.—Diciembre de 1953.
2a. Edición.—2000 ejemplares.—Septiembre de 1954.

Impreso en los talleres de la Editorial Jus, S. A.
— Insurgentes Norte, 19.—México, D. F. —

"MEXICO ES UN PAIS en el que de vez en cuando estalla la paz", dijo alguien para explicar el estado de convulsión permanente de nuestra república. Si esto es así, no tiene sentido hablar de una guerra de tres años en un país que ha vivido en guerra continua con esporádicas explosiones de paz.

Es conveniente, sin embargo, llamar de alguna manera al conflicto armado que suscitó la Constitución de 57, y los historiadores le han llamado guerra de tres años, pues comienza en diciembre de 1857, con el golpe de Estado de Comonfort y termina en diciembre de 1860, con la entrada en la capital de las tropas de González Ortega —aunque realmente lo que terminó fue una fase de la contienda, la que no tuvo solución de continuidad.

Un estimable autor norteamericano dio a su relato de historia mexicana, recién publicado, el nombre de México, Tierra de Volcanes, *con el que quiso indicar la naturaleza eruptiva de nuestro suelo político, y ciertamente hay razón para considerarlo volcánico si examinamos sólo una sección del pasado, o sea la que empieza con la revolución de Independencia. Pero si echamos la vista atrás, hallaremos un largo período durante el cual México fue tranquilo como un estanque. Y este hecho nos lleva a preguntar: ¿por qué de pronto estallan volcanes que cubren de fuego y ceniza un país que vivió pacíficamente más de tres siglos?*

A esta pregunta responderíamos con otra: ¿No será porque Vulcano instaló su fragua a las orillas del Potomac y se propuso alimentar de fuego todos nuestros cráteres?

Lo cierto es que, desgraciadamente, no nos han dejado vivir en paz. El mexicano es un hombre como otro cualquiera, inclinado a vivir tranquilamente. Nuestra misma historia demuestra que el mexicano NO HA HECHO *las revoluciones y las guerras, sino que* LAS HA SUFRIDO. *No iban nuestros soldados voluntariamente a las guerras civiles; los cogían de leva, los sacaban de sus chozas, los arrancaban de su trabajo, les ponían un rifle en la mano y los llevaban a matar hermanos. No buscaban la guerra y la destrucción los que tenían algo que perder, los que labraban los campos, o ejercían el comercio, o se empleaban en alguna industria. Todos querían la paz; pero la paz era un don que se les negaba.*

Esta guerra que hoy relatamos fue una guerra a la que la nación se vio compelida, forzada. La ocasionó un código político reconocido por sus mismos autores como causa de discordia y fuente de males. Vino la protesta armada y se trabó la lucha, que hubiese terminado pronto y con poca sangre si en la contienda sólo intervienen mexicanos. Pero al mezclarse en la disputa elementos extraños, que socorren moral y materialmente al bando condenado a la derrota, alargan y encarnizan la guerra. Por supuesto, ese socorro no era gratuito, sino a cambio de territorio y la subyugación del país. Finalmente, ese elemento extraño, verdadero deus ex machina *de todos nuestros enredos, desenlaza el conflicto en favor del bando entregador.*

El relato que sigue no comprende todas las implicaciones de la guerra de tres años. Dentro de los límites de estos cuadernos, cuyo fin es divulgar hechos, no hay lugar para la exposición de cuestiones conexas al tema principal. Por ello hallará el lector enterado muchas omisiones, en las que deliberadamente incurrimos. Nuestro propósito ha sido presentar un film *con las principales escenas de la tragedia, únicamente.*

Debemos confesar que, muchas veces, al reconstruir esas grandes batallas libradas casi todas en nuestro Bajío, en "esa tierra negra manchada de sangre", nuestro espíritu se ha estremecido admirando el valor del soldado, el genio de sus jefes y la inagotable capacidad de sacrificio de nuestro pueblo; y también, casi hasta las lágrimas, nos hemos conmovido al ver cuánta sangre inútilmente derramada, cuánto esfuerzo desperdiciado y cuán adverso el destino de esta pobre patria tendida en la cruz de la contradicción y el desamparo.

UNA fría mañana de noviembre de 1857 se juntan en el palacio arzobispal de Tacubaya Ignacio Comonfort, Presidente de la República; Manuel Payno, Secretario de Hacienda; Juan José Baz, Gobernador del Distrito y el general Félix Zuloaga, jefe de la brigada que llevaba su nombre.

Los cuatro personajes se hallan intranquilos por las perturbaciones que ha ocasionado la nueva Constitución, pues desde que entró en vigor "no hubo un día sin un pronunciamiento, sin una sedición, un motín, una revuelta en algún punto de la República" y "la situación del país era realmente espantable, nada podía volver a sus quicios: conciencias, hogares, pueblos, campos y ciudades, todo estaba profundamente removido" [1]. Sucedía esto porque el nuevo código no era una ley, pues le faltaban para serlo, entre otras cualidades, estas que fueron señaladas hace muchos siglos como características de la ley: *secundum consuetudinem patriae* y *loco temporique conveniens,* esto es, conforme a las costumbres del país y conveniente al tiempo y al lugar. Por lo demás, tampoco era justa, ni posible, ni necesaria, ni dirigida al bien común, de modo que podía ser todo, menos una ley; de ahí que al primer intento de aplicación el pueblo se alzara contra ella.

En vista de la situación, el Presidente Comonfort, que ya había reconocido ante el Congreso que el nuevo código "no era conforme a la voluntad del país y contenía gérmenes de desorden y desunión", buscaba la fórmula de anular la causa de la perturbación que sufría el país, y con ese objeto se había reunido con Payno, Baz y Zuloaga aquella mañana de noviembre en el palacio arzobispal de Tacubaya.

Comonfort, un hombre de 46 años, alto y grueso, cabello ralo, piocha negra y cerrada, continente grave y reposado, escucha atento las opiniones de los hombres que comparten con él la responsabilidad del gobierno. Juan José Baz, un radical, dice:

—Yo creo que las preocupaciones de la multitud ignorante están en contra de las reformas de la Constitución, las que sólo con el tiempo podrán im-

---

[1] JUSTO SIERRA, *Evolución Política del Pueblo Mexicano,* p. 314.

plantarse. Por otra parte, no se puede gobernar con esa Constitución porque tiene atadas las manos del presidente. Para mí, es un estorbo y no hay otro remedio sino hacerla a un lado, y, como paso necesario, quitar al congreso. También me parece que debemos derogar las leyes de fueros y de obvenciones parroquiales y modificar la de desamortización.

El ministro Manuel Payno agregó a lo dicho por Baz:

—Estamos en una situación en que no sé cómo podrá marchar el gobierno: la única esperanza que teníamos era la de un arreglo conveniente y honroso con los Estados Unidos.

Comonfort pareció estar conforme con las opiniones de Paz y de Payno. Quería saber la de Zuloaga, a quien preguntó:

—Y bien, compadre, ¿qué opina usted?

Respondió Zuloaga:

—Lo que puedo yo decir a usted es que he tenido que mudarme a Tacubaya para cuidar más de cerca a la brigada. Los soldados están muy disgustados, y la verdad, *les puede mucho* que no los entierren en sagrado ni les den auxilios espirituales a la hora de la muerte.

Añadió:

—Yo le puedo responder a usted de mí y de la mayor parte de los oficiales, pero no de la tropa. Temo que la noche menos pensada, Miramón y Osollo, que no descansan y vienen a la capital, nos hagan pronunciar a los soldados. De la Constitución digo lo mismo que los señores: que es imposible seguir con ella.

Comonfort se levantó, como afligido y agobiado, dio unos pasos y luego dijo:

—Ya veo que tenemos encima una tormenta y que es preciso adoptar un camino. Diariamente recibo cartas de los estados en las que se me dice que no es posible marchar con la Constitución.

En seguida se pusieron a discurrir sobre cómo dar un golpe de Estado y ganarse a los jefes de armas.

—De Veracruz y de la Guardia Nacional del Distrito, yo le respondo —dijo Baz—, con tal de que la revolución no signifique el triunfo absoluto del clero.

—Para Doblado (gobernador de Guanajuato) el más influyente es don Manuel Siliceo. Yo le hablaré —dijo Comonfort.

—A Huerta (Epitacio) —agregó Zuloaga— me lo dejan a mí. Me aprecia mucho y estoy seguro de que escribiéndole yo, entrará por lo que hagamos.

Así fueron distribuyéndose la tarea, y puestos de acuerdo acerca de lo que cada uno haría, concluyó el presidente:

—Pues bien, mis amigos me hablan contra la Constitución de 1857,

y veo en esto conformes a los hombres de todos los partidos; por lo mismo, no me empeño en sostenerla. Pero creo que es necesario explorar la opinión de la nación. Si ella es contraria a la nueva ley, no hay que imponérsela a fuerza; pero si los hombres influyentes opinan que debe sostenerse, yo la sostendré a todo trance o en último caso presentaré mi renuncia al congreso.

Benito Juárez, que formaba parte del gobierno, supo del golpe de Estado, y según Payno, no lo aprobó ni desaprobó, limitándose a decir que "no acompañaba a Comonfort, al que deseaba muchas felicidades".

La preparación del golpe no se hizo de modo tan secreto que no se enterara el congreso, el que en la sesión del día 14 de diciembre acusó a Zuloaga y Payno de conspirar. Benito Juárez fue citado y compareció ante la cámara, a la que aseguró que el "supremo gobierno se desvelaba por la conservación del orden público y que, a este efecto, había tomado las medidas que exigía la situación". Esto lo dijo sabiendo que no era verdad.

Juan José Baz, por su parte, faltó al secreto jurado delatando al congreso la existencia de la conspiración. Pero los diputados no dieron fe a su dicho.

En previsión de que las cosas se complicaran, Zuloaga, de acuerdo en todo con su compadre Comonfort, se pronunció en Tacubaya la madrugada del día 17, con un plan que contenía estas proposiciones: 1, desde esta fecha deja de regir la constitución de 1857; 2, Ignacio Comonfort continuará encargado del mando supremo, con facultades omnímodas; 3, se convocará a un congreso extraordinario que forme una constitución conforme a la voluntad nacional; 4, una vez que la constitución sea aprobada por el voto del pueblo, se promulgará, y si el pueblo no la aprueba, volverá al congreso para que la reforme según el voto de la mayoría; 5, el presidente nombrará un consejo compuesto de representantes de los estados; 6, cesarán en el ejercicio de sus funciones las autoridades que no secunden este plan.

Lo mejor del plan era, a nuestro juicio, la proposición de someter al voto del pueblo la nueva ley que se expidiera. La ley de 57 ya había sido revocada por medio de un sangriento referéndum.

El *plan de Tacubaya* apareció fijado en las esquinas de las calles la mañana del día 17, y fue adoptado por la guarnición de México.

Don Benito Juárez fue reducido a la cárcel, así como el presidente del congreso y varios diputados.

MANIFIESTO DE COMONFORT

Al principio, la gente ignoraba si el presidente estaba de acuerdo con lo hecho por Zuloaga; pero el mismo Comonfort la sacó de su ignorancia al

publicar, el día 19, un manifiesto en el que decía, después de narrar los actos de resistencia al nuevo código:

"Llegó el momento en que la constitución sólo era sostenida por la coacción de la autoridad y persuadido yo de que no podría ir adelante en el propósito de hacerla efectiva, me resolví a ponerla en otras manos.

"La perspectiva que se ofrecía a mis ojos, la que todos palpaban era no la guerra civil, sino cosa peor, la disolución completa de la sociedad.

"El grito de las tropas que han iniciado este movimiento (el de Tacubaya) no es el eco de una facción ni proclama el triunfo exclusivo de ningún partido. La nación repudiaba la nueva carta y las tropas no han hecho otra cosa que ceder a la voluntad nacional".

OPINION DE UN MINISTRO

El ministro de los Estados Unidos acreditado en México, John Forsyth, escribió a su gobierno:

"Mi opinión es que el pueblo no considera la derrota de la constitución del 57 como un suceso deplorable. Las personas que están por el orden público y por la tranquilidad son de opinión que lo que es necesario aquí es un gobierno central fuerte. Por mi parte no puedo menos que considerar, como cosa clara, que el gobierno federal u otro gobierno de forma republicana son una *completa farsa* en un país donde no hay pueblo, donde no hay ninguna de esas costumbres de espíritu público, lealtad, patriotismo, que son las condiciones necesarias para que un pueblo se gobierne a sí mismo. Lo que México necesita es un amo y yo me atrevo a decir que el que se ha declarado tal es el mejor que México puede encontrar ahora".

EL COMPADRE SE ECHA ATRAS

Según lo dispuesto en el *plan de Tacubaya,* se nombró un consejo compuesto por las personas más notables de todos los partidos, que se instaló el día de Navidad de 1857 y ante el cual el presidente Comonfort expuso, entre otras ideas, éstas:

"Al aceptar el mando supremo de la república que el plan de Tacubaya ha puesto en mis manos, no he sacrificado a ningún género de ambiciones mis principios ni mis opiniones, ni me he propuesto triunfar sobre ningún partido, ni me ha lisonjeado la tentación de ejercer a mi arbitrio un poder sin límites. Libertar a la nación de la anarquía, y conducirla por en medio de la paz a la libre adopción de sus futuras instituciones, este ha sido mi pensamiento y mi único propósito... A vosotros os toca, señores, repetir en esta vez los testimonios que habéis dado de vuestro celo por el bien de

la patria; y estad seguros de que si las graves dificultades que ofrece a la vista de todos el estado actual de los negocios públicos llegan a ceder, como yo lo espero, a la asiduidad y eficacia de vuestra cooperación, habréis hecho a vuestros conciudadanos el mejor bien que todos debemos esperar de la Providencia: habréis restablecido la concordia en el seno de nuestra gran familia. ¡Dios bendiga nuestra esperanza!"

De eso se trataba, en efecto, de restablecer la concordia entre los mexicanos, y Comonfort había dado ya un paso hacia esta meta al derogar una ley que era fuente de desorden, y proponer la instalación de un congreso que representara verdaderamente a la nación para que expidiese nueva carta constitutiva. Por desgracia, a Comonfort le faltó decisión para sobreponerse a todos los partidos y continuar por el camino escogido.

Se dice que don José María Gonzaga Cuevas, miembro del consejo y hombre excelente por todos conceptos, quiso convencer a Comonfort de que adoptara enteramente el programa del partido conservador, a lo que Comonfort se rehusó diciendo:

—Se exige que yo reniegue de mis principios, que abandone a mis amigos y los entregue a la persecución de mis adversarios... Dígame usted francamente, señor Cuevas, ¿puedo yo hacer eso como caballero?

—No, señor —dijo Cuevas.

—Pues lo que no puedo hacer como caballero, no lo haré como presidente —repuso Comonfort.

Realmente no era necesario que Comonfort adoptase el programa del partido conservador, ni estaba obligado a ello; pero sí era de exigírsele que procurase la paz, tan profundamente alterada por la ejecución de las ideas reformistas. Comonfort había reconocido, en su manifiesto del día 19, que el grito de las tropas de Tacubaya no había sido el eco de una facción, sino la voz de un pueblo que repudiaba la nueva carta. Siendo esto así, como jefe de estado y como coautor del plan de Tacubaya, estaba obligado a ceder ante la voluntad nacional, claramente manifestada, posponiendo sus principios si éstos contrariaban la opinión general. Pero, dice don Mariano Cuevas, la *gran mano férrea, oculta e invisible,* se había apoderado de don Ignacio, quien se arrepintió de lo hecho.

El 9 de enero (1858), Payno visitó a Zuloaga con el fin de convencerlo de que Comonfort estaba de su parte. Zuloaga, que ya había observado los reconcomios del poblano presidente, dijo:

—Mi compadre nos quiere entregar a los puros y nosotros estamos decididos ya a seguir nuestro camino.

De acuerdo con esta decisión, las tropas que se hallaban en la ciudadela, San Agustín y Santo Domingo, se pronunciaron levantando un acta en

la que desconocían el gobierno de Comonfort porque había dejado de cumplir el plan de Tacubaya.

Los cuarteles de palacio, la Acordada, San Francisco y la Santísima, permanecieron fieles a Comonfort. Zuloaga se presentó en palacio la mañana de la asonada y dijo a Comonfort que no tenía parte en el movimiento. Quien lo había dirigido era el general José de la Parra.

Comonfort se propuso sostener su gobierno. Contaba para ello con 2,000 hombres.

OSOLLO Y MIRAMON

A la una de la tarde del 14 de enero, los repiques en las iglesias próximas a los puntos ocupados por los rebeldes anunciaron una buena nueva: la llegada a la ciudad de los caudillos más populares del partido conservador, Luis G. Osollo y Miguel Miramón. Estos jóvenes jefes militares —Osollo de 30 años y Miramón de 26—, después de hablar con los disidentes que ocupan San Agustín, pasan al galope de sus caballos junto a la línea de las tropas del gobierno, esto es, por las calles del Puente del Espíritu Santo, Refugio, la Palma y Alcaicería y se presentan en Santo Domingo. Su presencia llena de entusiasmo y de confianza a los pronunciados.

Los dos bandos intentan resolver el conflicto mediante un convenio y celebran un armisticio que dura 48 horas. Los viejos militares no tienen muchas ganas de pelear, pero Osollo y Miramón suplen lo que falta a los veteranos. El día 20, a las 11 de la mañana, salen de la ciudadela al frente de sus tropas, se meten bajo los fuegos de la artillería contraria y se apoderan de la Acordada. Otras fuerzas capturan los puntos de la Santa Veracruz y el Hospital de San Juan de Dios. Más tarde caen San Francisco, La Profesa, Hospital de Terceros y Minería, es decir, toda la última línea de defensa del gobierno. A las seis de la tarde los cañones habían callado. Comonfort quedó limitado a la Plaza de Armas y su primer intento fue defenderse en palacio hasta el último instante, pero pronto desistió de él. A las 7 de la mañana del 21 avisó al jefe enemigo del punto más cercano, Santo Domingo, que saldría de la ciudad. Zuloaga y Osollo ordenaron que se le dejase salir libremente. Miramón, que ignoraba esta determinación, marchaba por la calle de Plateros hacia la plaza de armas con el intento de capturar al presidente. Zuloaga y Osollo lo detuvieron; pero Miramón insistió en apoderarse de Comonfort, y entonces Osollo, que había recibido de don Ignacio muestras de caballerosidad, sujetando fuertemente del brazo a Miramón, le dijo: "Quédate, te ruego que te quedes".

Vencido y solo, en medio de un triste y profundo silencio, salió Comonfort de la capital.

LA COALICION Y DON BENITO

Los gobernadores de Guanajuato, Jalisco y Querétaro se coaligaron para sostener la Constitución. Don Benito Juárez, que fue puesto en libertad por Comonfort desde el momento en que se pronunció Zuloaga, se marchó a Querétaro, donde fue reconocido como presidente de la república, investidura que por ministerio de ley le correspondía al presidente de la suprema corte, cargo que Juárez desempeñaba. De Querétaro se dirigió Juárez a Guanajuato, ciudad en la que estableció su *gobierno* el 19 de enero.

En la capital de la nación, la junta de representantes eligió presidente a Félix Zuloaga, quien desde luego juró el cargo.

Quedaron así constituídos los dos partidos que habrían de sostener una larga y sangrienta lucha. De un lado, los conservadores, con Zuloaga, Osollo y Miramón a la cabeza; de otro, los liberales, con Juárez, Ocampo, Lerdo, Arriaga, como directores visibles.

El de Zuloaga era un gobierno real, que fue reconocido por los demás países, inclusive los Estados Unidos. El de Juárez era una entelequia, que recibía su fuerza, no de la legalidad, pues conforme a la misma constitución de 57, en la que Juárez apoyaba su título, su poder era nulo, sino de otro origen, que ya se patentizará conforme se desarrollen los sucesos.

ESPADAS TRIUNFADORAS

El primer movimiento que hicieron las tropas de la capital fue contra Toluca, donde se hallaba el general Langberg, adicto a Juárez. Miramón las encabezaba. Langberg, aplicando aquella máxima de estrategia que dice "si son muchos, corremos; y si son pocos, nos retiramos", prefirió no encontrarse con Miramón y dejó la ciudad en poder de éste, tomando el rumbo de Ixtlahuaca. Miramón entró a Toluca el 26 de enero, en medio de las aclamaciones del pueblo.

Dejando en la plaza autoridades y guarnición conservadora, Miramón volvió a la capital, y el 5 de febrero, a la cabeza de una brigada de 1,200 hombres, salió hacia el Bajío, en persecución de las fuerzas liberales. Osollo salió después, con más tropas. Las fuerzas del bravo general indígena Tomás Mejía, que operaban cerca de San Juan del Río, convergieron con las de Osollo y Miramón, lo que indicaba que todo el peso del ejército conservador se ponía en movimiento para aplastar la coalición. Por otra parte, en el sur, las tropas de Juan Vicario, Pérez Palacio y don José María Cobos, sujetaban al dominio de los conservadores vastas provincias.

Osollo y Miramón creían que el gobernador Arteaga, de Querétaro, les opondría resistencia; pero no fue así. Arteaga con sus tropas, formadas

por 2.050 hombres, se retiró a Celaya. Osollo y Miramón entraron a Querétaro el día 12, con lo que la coalición perdió un estado.

Las tropas liberales reunidas en Celaya ascendían a 6,000 hombres. Fortificaron la ciudad, instalaron un cañón en una de las torres de la espléndida iglesia del Carmen, y se dispusieron a resistir el ataque del enemigo.

La división de Osollo se situó el 24 en Apasco; las brigadas de Casanova y de Mejía se dirigieron de San Miguel a Chamacuero (hoy Comonfort), al noroeste de Celaya.

En Maravatío el 2 de marzo, las fuerzas de don Marcelino Cobos, unidas a las de don Manuel Urquiza y dos hijos de éste, derrotaron completamente, después de 4 horas de fuego, a las tropas liberales de Langberg, Pueblita y Sabás Iturbide. Don Marcelino trató a los prisioneros y a los heridos con caballerosidad.

Osollo se dispuso a atacar Celaya el día 8 de marzo (1858). Todo quedó listo para el asalto la noche del 7. Pero don Anastasio Parrodi, que había estado observando los movimientos del contrario, no juzgó prudente esperar el ataque y resolvió abandonar la ciudad protegido por la oscuridad de la noche, lo que hizo burlando la vigilancia del enemigo, dirigiéndose a Salamanca, y allá va Osollo, en su persecución.

Una clara mañana de marzo, en esas fértiles llanuras del Bajío tantas veces regadas de sangre en luchas fratricidas, se encuentran los dos ejércitos. Entre Salamanca y Cerro Gordo se forma en batalla el ejército que manda el general Osollo. El ala derecha queda al mando del general Cánova; el centro, al del general Miramón; el ala izquierda, al del general Manero. Las reservas son tropas de caballería del general Tomás Mejía.

Una terrible carga de jinetes —bravos jinetes de las tierras bajas de México— se lanza con denuedo admirable sobre los conservadores y desconcierta al ala izquierda; pero la artillería, al mando del valiente jefe Ceferino Rodríguez, rompe fuego graneado sobre los más intrépidos dragones constitucionalistas, que se baten cuerpo a cuerpo con la desorganizada infantería. Es tan efectivo el fuego de la artillería conservadora que contiene al grueso de la caballería liberal, la obliga a retirarse y protege la reunión de los infantes que empezaban a dispersarse. Intenta Parrodi una segunda carga, pero entonces Osollo manda que entren en acción las reservas de Tomás Mejía. Y chocan, esgrimiendo sus lanzas, los dragones de uno y otro ejército. Pelean con bizarría, con tremendo valor, y ceden al fin los de Parrodi ante el empuje de las tropas conservadoras. La batalla termina con la retirada en desorden de los constitucionalistas, quienes dejan en el campo 12 piezas de artillería, gran parte de su armamento y muchos hombres en poder del enemigo. Don Tomás Mejía persigue a los derrotados, que se detienen en Silao y siguen hasta Lagos, a donde llegan el día 13.

En esta acción perdió la vida el coronel liberal José María Calderón, al dirigir una carga contra los conservadores. Osollo, enemigo leal, reconociendo la intrepidez de Calderón, ordenó que su cadáver fuese trasladado al campo de batalla, donde se le dio sepultura con todos los honores.

Alcanzado el triunfo de Salamanca, el general conservador Liceaga ocupó la ciudad de Guanajuato. El gobernador Manuel Doblado, que se hallaba en Silao con 800 hombres, rindió sus fuerzas al general Osollo, el día 13, en Romita.

Osollo y Miramón entran a León el 12 de marzo, ponen autoridades conservadoras y continúan su marcha hacia Guadalajara, en persecución de Parrodi y sus tropas, a las que no dan reposo.

JUAREZ A PUNTO DE MORIR

Entre tanto, Juárez y su gabinete se habían mudado a Guadalajara, cuya guarnición era liberal, pero parte de ésta se pronuncia el 17 de marzo en favor del gobierno de Zuloaga, con el general Carlos Landa a la cabeza. El primer acto de los pronunciados fue apoderarse del palacio donde estaban Benito Juárez, sus ministros Degollado, Ocampo y Guzmán y el general Silverio Núñez, a todos los cuales redujeron a prisión. La noticia fue comunicada a Miramón, que se hallaba en Lagos, a Osollo, que aún no salía de León, y al gobierno de la capital. Consideraron los adictos al nuevo orden de cosas que su causa había triunfado, puesto que habían caído en poder de los conservadores todos los representantes del gobierno liberal, excepto Guillermo Prieto, que se había ocultado. Pero sucedió algo que vino a frustrar la esperanza de paz fundada en la prisión de Juárez y sus hombres.

La parte de la guarnición que no secundó el pronunciamiento de Landa, fiel a don Benito, se dispuso a atacar a los sublevados. Landa, con el fin de evitar inútil efusión de sangre, comisionó al general Núñez y a Melchor Ocampo para que convencieran a sus adictos de que su intento no les daría ningún resultado. Núñez y Ocampo aceptaron la comisión, pero no fueron escuchados por los jefes militares juaristas, quienes rompieron el fuego contra Landa y sus hombres, lo cual hizo creer que Núñez, faltando a la confianza depositada en él, dirigía el ataque para salvar a Juárez. Ciegos de ira, los subalternos de Landa trataron de fusilar a Juárez y a sus ministros; pero Landa los salvó. (La intervención de Guillermo Prieto diciendo "los valientes no asesinan" es una fábula).

Los constitucionalistas fueron rechazados por los conservadores y ambas fuerzas permanecieron en sus respectivos cuarteles.

Como Parrodi se acercaba a Guadalajara y Landa no disponía más que de 200 hombres, comprendió que no podía resistir el ataque de las tropas

que llegaban, por lo que salió de la ciudad con sus soldados, dejando en libertad a Juárez.

El ejército de Osollo marchaba sobre Guadalajara y en vista de ello, don Benito y su grupo hicieron sus maletas y se fueron de prisa a Colima, en una diligencia cerrada. De Colima pasaron a Manzanillo, donde se embarcaron rumbo a Panamá, y de aquí se dirigieron a Nueva Orleans, que era, digamos, la capital del gobierno secreto al que Juárez servía. Con su salida del territorio nacional perdió el *gobierno* juarista, si es que alguna le quedaba, toda sombra de legitimidad.

Antes de irse, Juárez nombró a Parrodi ministro de la guerra. Parrodi prefirió no pelear con Osollo y le entregó la ciudad, según las capitulaciones firmadas en San Pedro el día 23, mismo día en que el ejército regenerador, como se le llamaba, entró a Guadalajara.

LA BATALLA DE PUERTO DE CARRETAS

El 12 de abril, Miramón ocupa la ciudad de Zacatecas sin disparar un tiro, pues la guarnición juarista evacuó la plaza precipitadamente cuando los regeneradores se acercaban.

Miramón dejó una fuerza de 600 hombres a las órdenes de Antonio Manero y de Carlos Landa y salió de Zacatecas al frente de su división a San Luis Potosí, plaza amagada por las tropas constitucionalistas de Santiago Vidaurri.

Era Vidaurri un recio cacique norteño que dominaba Nuevo León. Aunque coligado, sus fuerzas todavía no entraban en contacto con las conservadoras. Vidaurri se jactaba de la superioridad de sus hombres, gente fronteriza bravía y frugal, endurecida en la guerra contra los indios bárbaros. "Afeminados y sin energía", llamaba Vidaurri a los hombres de Miramón.

Confiado en su poder, envió sobre San Luis una fuerza de 3,000 soldados, al mando de Zuazúa, Zayas, Aramberri y otros jefes norteños. Estos, al saber que Miramón se dirigía en socorro de la plaza, resolvieron salirle al encuentro y se situaron en un punto llamado *Puerto de Carretas,* a unos 30 kilómetros de San Luis. El 17 Miramón se halló frente al enemigo, que ocupaba posiciones formidables y era superior en número. Otro general hubiese rehuído el combate; pero Miramón amaba el peligro y dispuso el ataque.

A las 9 de la mañana comenzó la acción. Después de terribles empujes, las tropas de Miramón se apoderaron de las fortificaciones enemigas; pero atacados con fiereza por los de Zuazúa, tuvieron que abandonarlas. La lucha empezó de nuevo, volvieron a ser batidos los constitucionalistas y Miramón quedó dueño del campo. Después de cinco horas de combate, las tropas de

Nuevo León y Coahuila emprendieron la retirada, dejando 600 hombres entre muertos y heridos.

Miramón entró a San Luis en la noche y fue recibido con entusiasmo.

Entre tanto, Morelia, Córdoba, Orizaba, Jalapa, Compostela y otras ciudades caían en poder de los conservadores. A los coligados sólo les quedó el puerto de Veracruz. El territorio liberal se iba achicando.

Osollo, después de asegurar las poblaciones del interior y confiar el mando de las operaciones de guerra a Miramón, volvió con su brigada a la capital el 22 de abril. El pueblo recibió con aclamaciones al vencedor.

LA FAZ DE HUICHILOBOS

Después de la victoria de *Puerto de Carretas,* Miramón no pudo perseguir, por sus escasos efectivos, a las tropas de Zuazúa y aniquilarlas. Esto les permitió reorganizarse y marchar contra Zacatecas, donde, como hemos visto, había una guarnición conservadora de 600 hombres.

Las fuerzas de Zuazúa estaban formadas por 4,000 hombres. Desde el cerro de *La Bufa* los hombres de Manero resistieron hasta el último cartucho. En la ciudadela, el capitán Drechi y el coronel Landa, ya herido, se batieron como leones. Pero al fin cayeron todos en poder de los liberales.

Hasta entonces la guerra se había llevado con decoro. Ambos contendientes respetaban la vida de los prisioneros y los heridos. Hemos visto con cuánta nobleza trataron Cobos en Maravatío y Osollo en Salamanca a los vencidos. Pues bien, desde esta triste victoria de Zacatecas asoma la faz de Huichilobos que exige el sacrificio de vidas humanas.

Y toca a los liberales la gloria de haber empezado a matar prisioneros.

Zuazúa, el vencido por Miramón en *Puerto de Carretas,* dejándose arrastrar por el rencor, ordena que sean fusilados el general Antonio Manero, el coronel Antonio Landa —hijo de Carlos Landa, el que salvó la vida a Juárez en Guadalajara—, el teniente Francisco Aduna, el comandante Pedro Gallardo y el capitán de artillería Agustín Drechi. Los vecinos de Zacatecas interceden por sus vidas. Pero el torvo Zuazúa se mantiene inflexible y la orden se ejecuta el 30 de abril: Manero, Landa, Aduna, Gallardo y Drechi son fusilados en el sitio llamado *Las Peñitas,* a espaldas de Santo Domingo.

El que no supo vencer en buena lid a Miramón en *Puerto de Carretas* se mostró valientísimo con los prisioneros.

LA REPRESALIA

Pocos días después, el jefe conservador Manuel Piélago, que perseguía guerrillas en Jalisco, cogió prisionero al jefe liberal Ignacio Herrera y Cairo y lo fusiló.

El gobierno de Zuloaga desaprobó la ejecución. En un mensaje dirigido al comandante de Jalisco decía el presidente: "no quiero ni debo permitir que el ejército nacional se manche con una sola gota de sangre que se derrame fuera del orden de la justicia", y ordenaba en seguida que el autor de la ejecución fuese separado del mando y sujeto a proceso.

El gobierno de Juárez, representado por Degollado, envió a Zuazúa una comunicación en la que después de felicitarlo por su victoria le manifestaba que "el gobierno no sólo aprueba las rigorosas medidas" puestas en práctica por Zuazúa, sino que recomienda que se sigan empleando.

No hay más remedio que reconocer, ante estos dos documentos, la superioridad moral de los conservadores sobre los liberales.

FORSYTH BUSCA MARCHANTE

Mientras los mexicanos se matan entre sí, veamos qué pasa en el frente diplomático.

Ya hemos dicho que los Estados Unidos habían reconocido el gobierno de Zuloaga, ante el que estaba acreditado como embajador el señor John Forsyth y cuya principal misión consistía en adquirir por compra más territorio mexicano.

Forsyth creyó posible arreglarse con Zuloaga, al que propuso concretamente, en una nota dirigida el 22 de marzo al ministro de relaciones Luis G. Cuevas, a cambio de una compensación en dinero, "alterar la línea divisoria en el Norte entre las dos repúblicas", de modo que quedasen al otro lado de la línea los territorios de Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa. Propuso además el derecho de paso a perpetuidad a través del Istmo de Tehuantepec para los Estados Unidos.

El ministro Cuevas dio una respuesta breve y definitiva a las proposiciones de Mr. Forsyth. Le dijo:

"El presidente de la república está penetrado íntimamente de que no conviene ni a los verdaderos intereses de ella ni a su buen nombre una nueva demarcación de límites, cualesquiera que fueran las ventajas que pudiera obtener en justa compensación".

Hubo un cambio de notas en las que el ministro mexicano empleó los términos más dignos y razonables y el embajador Forsyth el lenguaje amenazador e insolente del poderoso que se ve contrariado en sus ambiciones.

Como resultado de todo esto, poco después, en agosto de 1858, quedaban rotas las relaciones entre el gobierno conservador y el de los Estados Unidos.

Definitivamente: los conservadores no eran marchantes. No vendían ni

gravaban el territorio nacional. Había que buscar otros. Ya encontrarían los Estados Unidos un marchante estupendo: Benito Juárez.

Este, don Benito, instaló su gobierno en Veracruz, pocos días después de la toma de Zacatecas, y mandó a Washington a José María Mata, yerno de Melchor Ocampo, para que gestionara el reconocimiento de su gobierno.

GUERRA IMPLACABLE

Mientras tanto, la guerra entre conservadores y juaristas continuaba implacable.

El general Osollo salió de la capital a San Luis con el propósito de combatir a las tropas del cacique Vidaurri.

Fuerzas constitucionalistas al mando de Juan José de la Garza sitiaban la plaza de Tampico. Cuando los defensores se hallaban en situación crítica llegó en su socorro don Tomás Mejía, quien después de una lucha obstinada, se apoderó de todas las posiciones de los sitiadores, los que dejaron en poder de Mejía, además de su armamento, 153 prisioneros. Mejía, que era un indio noble, *respetó la vida de los prisioneros,* y no sólo, sino que dejó en libertad a varios oficiales.

Por otra parte, Santos Degollado ponía sitio a Guadalajara, cuya defensa estaba a cargo de 3,000 hombres mandados por el general Casanova. El 20 de junio atacó la plaza. Dos horas duró el fuego, al cabo de las cuales don Santos Degollado levantó el campo y se retiró a Zapopan.

MUERTE DE OSOLLO

El general Osollo, que había marchado a San Luis con el propósito de organizar la campaña contra Vidaurri, según hemos visto, cayó enfermo de tifoidea. Parecía que la fuerte naturaleza del enfermo se impondría al mal; pero éste venció al final y don Luis G. Osollo murió la tarde del 18 de junio de 1858. Al conocer que se acercaba la muerte pidió que le llevaran una imagen de la Purísima y al verla le dirigió una plegaria que terminó con estas palabras:

"Madre mía: sin ningún interés ni aspiración he defendido los derechos de mi patria y los de tu Hijo; ahora a ti te corresponde pedirle que me lleve a su reino".

Don Luis G. Osollo, jefe supremo del ejército, tenía al morir por todo patrimonio tres caballos, su reloj y sus armas. Dispuso que de su paga del mes se cubriera una deuda de cien pesos que contrajo al comprar uno de sus caballos.

Luis G. Osollo nació en la ciudad de México, en la calle de la Palma

número 13, el 21 de junio de 1828. Su padre era bilbaíno y su madre mexicana. Expulsada su familia de México en la época de las persecuciones raciales fomentadas por Poinsett, Osollo vivió de niño en Bilbao. Vuelto a México, entró al colegio militar, donde obtuvo brillantes notas. En 1841, a los 13 años de edad, egresó del colegio con el grado de subteniente. Peleó en Angostura contra el invasor distinguiéndose en esa acción al desalojar de sus posiciones a unos cuerpos del ejército de Taylor. Sirvió lealmente a su patria durante toda la guerra. Fue ascendiendo en el ejército hasta alcanzar el grado de general de brigada, en 1858.

Rubio, de ojos azules, valiente y leal, la figura de Osollo es una de las más nobles de nuestra historia. No ambicionó riquezas ni mando. No fue cruel. Defendió su fe y la integridad de su país con desinterés y valor.

MAS SANGRE

Las tropas liberales de Pueblita se apoderaron de la ciudad de Guanajuato el día 22 de junio y consumaron un saqueo tremendo.

La guarnición de Jalapa se pronunció por estos mismos días y también saqueó la ciudad. El general conservador Echeagaray se presentó a reducir a los pronunciados y fusiló a 16 de ellos. En el parte rendido a los superiores, decía: "Mandé fusilar a los sediciosos. Al proceder así, cumplo y descanso tranquilo en mi conciencia militar. La sangre de mi hermano el general Manero hierve todavía en el altar de la patria, y es necesario más sangre para que no se seque la de ese bravo y malogrado militar". Más sangre! este era el grito de unos y otros. La guerra estaba convirtiéndose en una feroz cacería.

El general Zuazúa, con 6,000 hombres y después de un combate que duró 9 horas contra 800 soldados que formaban la guarnición conservadora, ocupó San Luis Potosí el 29 de junio. Zuazúa hizo prisioneros; pero esta vez, arrepentido de lo de Zacatecas, no los fusiló. La soldadesca saqueó la ciudad. Zuazúa expulsó de la ciudad al Obispo D. Pedro Barajas y 26 sacerdotes, sin motivo legal ninguno. Impuso, además, a la población un empréstito de $ 200,000.00.

La pérdida de San Luis —pérdida importante porque San Luis se convertiría en el cuartel general de las fuerzas fronterizas— fue compensada por la victoria que alcanzó el general Miramón en las barrancas de Atenquique, el 2 de julio. En este sitio formidable y pintoresco, a 200 kilómetros de Guadalajara, se habían agrupado las fuerzas de Santos Degollado y Miguel Blanco, en número de 3,500 hombres. Tomar posiciones defendidas por una barranca de 500 metros de profundidad, eso era lo que tenían que hacer las tropas conservadoras, y eso hicieron. Siete horas duró el sangriento com-

bate. 122 muertos y más de 200 heridos fueron las bajas sufridas por los liberales, y casi otras tantas las que contaron los conservadores. Degollado y su maltrecho ejército se retiraron protegidos por la oscuridad de la noche, dejando en poder de sus contrarios muchas armas, caballos y gran número de municiones.

NUEVOS TRIUNFOS CONSERVADORES

La victoria de Atenquique regocijó a los conservadores, pero no desalentó a sus enemigos, que se propusieron desquitar el revés sufrido.

El general juarista Aramberri, con 2,000 hombres, ocupó el 15 de julio la ciudad de Guanajuato, que Pueblita había dejado después de saquearla. Sólo diez días permanecieron los constitucionalistas en la rica capital minera, pues Miramón salió de Guadalajara en busca de Aramberri, quien desocupó la plaza, y el 25 la tomaron los regeneradores. Miramón derogó las leyes expedidas por Aramberri y marchó con una escolta a la ciudad de México para combinar con el presidente Zuloaga el plan que debía adoptarse.

El 22 de julio, cerca de Santa María, Jalisco, el general Casanova derrotó a los liberales Núñez y Blanco. Estos perdieron 60 hombres y parte de sus armas.

Tomás Mejía alcanzó otra gran victoria sobre las fuerzas fronterizas en Río Verde, el 2 de agosto; Leonardo Márquez obtuvo otra en el cerro del Toro, en las goteras de Acámbaro, sobre las fuerzas combinadas de Pueblita, Sabás Iturbide, Pinzón, Menocal, el Zamorano, el Arriero y otros; Pérez Gómez venció a Aramberri, en San Miguel Allende, el 22 de agosto; Aguascalientes cayó en poder de los regeneradores el 26; y Miramón, vuelto a Guanajuato, organizó la campaña contra el ejército norteño de Vidaurri.

Reunidas en Querétaro las divisiones que habrían de operar, salieron rumbo a San Luis, que era el objetivo, primero la brigada de Leonardo Márquez y luego las de Tomás Mejía, Moreno y el general en jefe Miguel Miramón. En la hacienda de Trancas hubo una escaramuza entre la vanguardia del general Tomás Mejía y tropas juaristas, que se retiraron derrotadas.

Vidaurri dictó durante su permanencia en San Luis úkases despóticos, como el que mandó expulsar de la ciudad a los desafectos a la *causa nacional*, a los que amenazó con matar si continuaban ahí.

Cuando se acercaban a San Luis los generales Miramón, Márquez y Mejía, el general norteño, después de pensarlo bien, salió corriendo hacia Bocas. Miramón entró en la ciudad con su ejército el 12 de septiembre.

Vidaurri determinó esperar al enemigo en Ahualulco, a cien kilómetros de San Luis, donde se fortificó. El ejército regenerador, al mando de Miramón, atacó las posiciones enemigas. Las tropas liberales resistieron tenaz-

mente, pero al fin tuvieron que retirarse, dejando sobre el campo 672 soldados muertos, 23 piezas de artillería, varias fraguas de campaña, 13 carros de municiones, 113 transportes, 1,163 rifles y carabinas, 12,233 proyectiles, herramientas, útiles de zapa y lanzas de caballería. El número de prisioneros, merced al cansancio de los vencedores, sólo fue de 91. Los conservadores sufrieron la pérdida de 7 oficiales y 136 individuos de tropa. El general Tomás Mejía resultó herido en esta acción, así como el coronel Francisco Vélez, el teniente coronel Remigio Llera y el comandante de batallón Angel Villasana.

Juárez había escrito a Vidaurri: "Considero seguro que Miramón recibirá un golpe que será decisivo para la causa de la libertad, porque entonces V. marchará sin obstáculo hasta la capital de la República".

La marcha a la capital tuvo que demorarse un poco, debido a que las cosas resultaron al revés de lo que Juárez esperaba.

Las destrozadas tropas de Vidaurri tomaron, unas, el rumbo de Zacatecas, y otras se dispersaron.

La falta de elementos y el cansancio de sus soldados impidieron a Miramón perseguirlas. Volvió a San Luis el 30 de septiembre, donde se celebró solemnemente el triunfo del afortunado general de 27 años. "Es prodigioso —dice Justo Sierra— cómo (Miramón) pudo imponerse al viejo ejército, cómo se hizo obedecer por todos, cómo colmó su inmensa ambición sin envanecerse, casi, y cómo se sirvió del admirable instrumento de guerra de que disponía, para organizar sus campañas con un golpe de vista casi infalible y una audacia de ejecución casi milagrosa" [2].

Con la derrota de Ahualulco, el ejército del norte no volverá a figurar en primera línea.

Sin embargo de las brillantes victorias de las armas conservadoras, los juaristas no estaban dominados, ni mucho menos. El frente era demasiado grande —prácticamente toda la extensión del país—; los recursos no eran inagotables y, por otra parte, casi todo el peso de la lucha gravitaba sobre los hombros del joven jefe Miguel Miramón. Nos parece que el presidente Zuloaga, estático en la capital, no ponía en juego todas las fuerzas políticas a su disposición para obtener un pronto desenlace de la sangrienta contienda.

EL SAQUEO DE LA CATEDRAL DE MORELIA

La ciudad de Morelia se hallaba en poder de las fuerzas constitucionalistas bajo el mando de Epitacio Huerta, quien para hacerse de recursos ordenó el saqueo de la iglesia catedral.

A las 6 de la mañana del día 23 de septiembre (1858), 200 soldados al

---

[2] Ib., p. 329.

mando de Porfirio García de León penetraron en el templo. Para evitar que el pueblo se agolpase, García de León puso centinelas en las puertas y fuera del atrio; prendió a los sacristanes y llevó, por la fuerza, varios herreros y plateros para que quitasen las hojas de plata de que estaban cubiertos el balaustrado y la crujía. Quitaron las lámparas de plata, se apoderaron de las custodias y los vasos sagrados, despojaron a las imágenes de sus valiosas joyas y, en fin, se llevaron cuanto de valor había en el templo. Durante cinco días se ocuparon en el saqueo, cuyo producto fue de 4,500 kilos de plata, 13 kilos de oro y un número grande de piedras preciosas. No dejaron ni un cáliz. Se calcula que el valor de lo robado fue de medio millón de pesos (de aquellos pesos, por supuesto).

Don Manuel T. Alvírez, connotado liberal que había hecho la defensa de la constitución, y que era presidente del tribunal de justicia de Morelia, condenó el robo ordenado por Epitacio y renunció el cargo, avergonzado de pertenecer a un gobierno latrofaccioso.

La plata robada a la catedral de Morelia se fundió en barras y muchas de éstas fueron halladas tiempo después en la casa de Tacubaya del embajador de los Estados Unidos, Mr. Forsyth, a donde las llevó el general Blanco cuando intentó un ataque a la capital en el mes de octubre siguiente.

El producto del robo sirvió poco a la causa liberal; pero hizo ricos a algunos de sus jefes.

ASESINATOS

Entre tanto, Santos Degollado había puesto sitio a la ciudad de Guadalajara, defendida por los generales Blancarte y Casanova. Empeñados los sitiadores en tomar la plaza antes de que fuese socorrida por Leonardo Márquez, la atacaron con furia, y después de varios combates lograron penetrar por algunas de sus calles. Convencido Blancarte de lo inútil de la resistencia, entró en arreglos con los sitiadores y firmó los convenios de capitulación el 28 de octubre. Degollado se obligó en esos convenios a respetar la vida y la libertad del general Blancarte y las de los jefes y oficiales. La guarnición entregó las armas inmediatamente. Ocupada la ciudad por los liberales, varios jefes de éstos se dieron a la caza de conservadores. Los tenientes coroneles Monayo y Piélago, este último herido de gravedad durante la defensa de la ciudad, cayeron en poder de sus enemigos, quienes les dieron muerte, en forma cobarde. El coronel constitucionalista Antonio Rojas, que no estaba contento con la capitulación, buscó al general Blancarte, y hallándolo en la casa de Antonio Alvarez del Castillo, cuando Blancarte salía inerme a preguntar quién lo buscaba, Rojas lo asesinó a tiros.

Degollado, para calmar la indignación que en Guadalajara habían producido estos cobardes crímenes, dio un decreto en el que puso fuera de la ley al asesino de Blancarte. Pero meses después, en Colima, derogó el decreto y declaró que Rojas "quedaba restablecido en su empleo y en todos sus derechos legales en consideración a los servicios prestados en defensa del orden constitucional".

El general Casanova, que fue tenazmente buscado por los juaristas, logró huir de la ciudad, salvando con ello la vida.

Degollado, sabiendo que Márquez iría a buscarlo en breve, se dispuso a esperarle. Márquez salió de San Luis, tomó Zacatecas y se dirigió a Guadalajara. En Tepatitlán se le unió Miramón y juntos marcharon a atacar la capital de Jalisco, donde Santos Degollado había reunido 7,000 hombres. El 12 de diciembre emprende Miramón el ataque. Fuerza el paso del río Lerma por el pueblo de Poncitlán, desalojando después de reñido combate a una fuerza liberal de 1,000 hombres. El día 13 establece una cabeza de puente y pasa sus cañones, 800 soldados de caballería y 2,000 infantes. En San Miguel, a cinco kilómetros de Poncitlán, ataca una fuerza de 4,000 hombres. La lucha es larga y sangrienta, pero la fortuna ayuda al arrojo de Miramón, el que obliga a retirarse a sus contrarios y los persigue veinte kilómetros. Don Santos Degollado perdió varias piezas de artillería, armas y municiones. Miramón mandó fusilar a los oficiales, en represalia a los asesinatos de Guadalajara.

Los constitucionalistas tomaron el camino de Colima. Miramón entra en Guadalajara el día 15 y lanza esta proclama a sus tropas:

"En menos de 3 meses habéis librado dos batallas campales, en las que vuestra disciplina y valor os han dado la victoria; habéis atacado fuertes posiciones, atravesado ríos defendidos por un triple número de soldados enemigos, batiéndoos en una proporción de uno contra tres; habéis llevado siempre vuestras armas triunfantes, y vengado la sangre de vuestros jefes y hermanos vilmente asesinados. ¡Soldados! Me enorgullezco de mandaros..."

Otros triunfos obtuvieron los regeneradores por esos mismos días. El castillo de Perote cayó en su poder; Juan Alvarez fue derrotado en Taxco, y en Querétaro apenas quedaban algunas guerrillas juaristas.

Benito Juárez no tenía, pues, más que dos ciudades importantes: Morelia y el puerto de Veracruz.

EL TERCER PARTIDO

Era necesario atacar Veracruz, sede del gobierno de Juárez. A este objeto marchaba don José María Cobos con su brigada, 3 piezas de artillería y abundantes municiones. La división de Jalapa se dirigía al mismo punto

con todo su material de guerra. "Veracruz sucumbirá, esto no tiene remedio", decía *El Conciliador* de Jalapa. Pero cuando parecía inminente el ataque al puerto, sucedió algo que autoriza a pensar en la filtración del enemigo en las filas de los Regeneradores, y fue que el general Miguel María Echeagaray, quien hacía poco se había apoderado del castillo de Perote y en el que Zuloaga confiaba para tomar Veracruz, se pronunció con su brigada en Ayotla, el 20 de diciembre, proponiendo la formación de un tercer partido que mediase entre las "exageradas exigencias de constitucionalistas y conservadores".

Quien marchaba contra Juárez y dejó la empresa so pretexto de formar un tercer partido alejado de los extremos, vino a favorecer a Juárez. Merced a este pronunciamiento, las tropas que marchaban contra Veracruz se quedaron paradas. En el puerto debe haber habido manifestaciones de alegría al saber de la ocurrencia de Echeagaray, ocurrencia que era por demás impracticable.

El día 23 la guarnición de México se pronunció por el *Plan Echeagaray,* con el general Manuel Robles Pezuela a la cabeza. El presidente Zuloaga expresó que si sólo se trataba de separar a su persona del gobierno estaba dispuesto a retirarse. Robles celebra una conferencia con el presidente, se firma un convenio y Zuloaga deja el poder en las manos del gobernador del distrito.

La defección de Robles no sólo detuvo el golpe sobre Veracruz, sino que obligó a las tropas regeneradoras a desocupar Jalapa, Córdoba y Orizaba, plazas que cayeron bajo el dominio de los juaristas.

Y mientras estos generales viejos e ineptos echaban a perder de este modo el ataque a Juárez, el *joven Macabeo*, el invicto Miguel Miramón, infligía una derrota más al *héroe de las derrotas*, Santos Degollado, en las barrancas de Beltrán, cerca de San Joaquín, el 26 de diciembre. Recordemos que Degollado había huído hacia Colima, después de ser vencido por Miramón. Este lo persiguió, lo alcanzó, y en dicho lugar, tras de un combate de hora y media, lo hizo pedazos. Degollado dejó en poder de Miramón toda su artillería, armas, municiones y más de 300 prisioneros.

En México, la Junta de Representantes eligió presidente de la república al general Miguel Miramón.

Este se hallaba en Guadalajara cuando supo del plan trazado por Echeagaray y Robles Pezuela. No vaciló en desaprobarlo, diciendo que le parecía "inoportuno, impolítico, contrario a la opinión de los buenos hijos de México". Invitado a secundar el movimiento, Miramón se rehusó. "Sólo sostendré el plan proclamado en Tacubaya el 11 de enero de 1858. Por lo mismo, creo de mi deber contrariar con toda la fuerza de mi voluntad, y con las armas que me obedezcan, la asonada que ha tenido lugar en México", decía Miramón.

He aquí al joven caudillo militar dando lecciones de lealtad y rectitud a los viejos generales que se ocupaban en trazar planes de realización imposible, que revelan su estupidez política, mientras Miramón pelea y vence al enemigo.

El caudillo conservador estuvo a punto de morir la mañana del diez de enero, cuando hallándose con Leonardo Márquez en el palacio de gobierno de Guadalajara, estalló un depósito de pólvora que voló el edificio, salvo la pieza en que ellos se encontraban.

MIRAMON PRESIDENTE

El 21 de enero (1859) Miramón entró en la capital en medio de las aclamaciones del pueblo, sobre el que ejercía su persona un magnetismo irresistible. El 23 dio un decreto que contenía este artículo único: "Queda restablecido en todo su vigor el plan proclamado en Tacubaya el 17 de diciembre de 1857 y reformado en la capital el 11 de enero siguiente, y en consecuencia sigue en el desempeño de la presidencia de la república el general Félix Zuloaga". En una proclama que dirigió al ejército decía:

"He venido a esta ciudad no a ocupar la primera magistratura de la república a que la revolución me llamaba; he venido a indicar al ejército el verdadero camino del honor, a hacer volver sobre sus pasos a las tropas que, sin advertirlo, orillaban la nación a un abismo, a restablecer el orden legal, a restituir el poder a manos de la persona electa conforme a un plan político verdaderamente nacional".

Zuloaga volvió, pues, al poder. El 31 de enero expidió un decreto declarando presidente sustituto al general Miramón, quien aceptó el cargo porque ahora se lo ofrecía una autoridad legítima. Zuloaga, para dejar a Miramón en libertad de obrar, se retiró a la vida privada, recayendo el poder en el sustituto. El 2 de febrero, Miramón manifestó a la nación:

"No ha muchos días fui llamado a la presidencia de la república por una revolución que, según las palabras del Excmo. presidente interino, había perdido su fealdad sólo porque su resultado era mi elevación a la primera magistratura. Entonces rehusé tan alta dignidad y volví al solio del poder a la persona que la nación había colocado en él. Hoy este alto funcionario me nombra presidente sustituto de la república, me entrega las riendas del gobierno, y yo las tomo, y me encargo del mando supremo durante los muy breves días que permaneceré en la capital".

Y es así como un brillante soldado de 27 años se convierte en presidente de una república asolada por la guerra civil. Miramón no ambicionó el puesto. Las circunstancias lo elevaron a él. Y las circunstancias nos revelan es-

casez de hombres aptos para ejercer el mando político, de ahí que un caudillo militar de prodigiosas cualidades tuviese que dejar su campo, el de la guerra, para ocuparse de la dirección política.

JUAREZ Y SUS ALIADOS

Cuando surge la discordia en el partido conservador, la causa de Benito Juárez recibe un impulso definitivo desde el momento en que el gobierno de los Estados Unidos manifiesta oficialmente sus simpatías por ella.

En efecto, en su mensaje al congreso del 6 de diciembre de 1858, el presidente James Buchanan expresaba:

"Sin duda hay abundantes motivos para iniciar hostilidades contra el gobierno que reside en la capital (de México). Si éste dominara las fuerzas constitucionalistas, toda esperanza razonable de un avenimiento pacífico de nuestras dificultades habría desaparecido.

"Por otra parte, si triunfa el partido constitucional y su autoridad se establece en toda la República, hay razón para esperar que satisfará a nuestros ciudadanos hasta donde alcancen los recursos; y sólo con esta esperanza no he recomendado al congreso que me otorgue las facultades necesarias para tomar posesión de una parte suficiente del territorio remoto y poco habitado de México, para tenerlo en rehenes hasta recibir reparación a nuestro daño"[3].

Traducido a lenguaje claro este mensaje, quería decir: el gobierno conservador se niega a vendernos cuatro estados y a concedernos el paso a perpetuidad por el Istmo de Tehuantepec. Si lo dejamos que se consolide, jamás serán nuestros esos territorios. En cambio, si triunfa el partido de Juárez hay razón para esperar que nos den lo que queremos. Por este motivo no he pedido al congreso que me autorice para ocupar territorio mexicano. Ya nos lo entregará el señor Juárez.

Buchanan decía, además:

"Grandes bandas depredadoras de indios se mueven lo mismo en los estados mexicanos de Chihuahua y Sonora que en nuestros territorios colindantes... No puedo imaginar otro posible remedio para esos peligros, ni otro modo de restaurar la ley y el orden en aquella remota y deshabitada frontera, sino que el gobierno de los Estados Unidos asuma un protectorado temporal sobre la parte norte de Chihuahua y de Sonora para establecer en ella puestos militares; y esto lo recomiendo al congreso de la manera más empeñosa".

---

[3] *Presidential Messages, Addresses and State Papers*, Vol. V. p. 1798, cit. en la obra *La Diplomacia Extraordinaria entre México y los Estados Unidos*, de ALBERTO MARÍA CARREÑO.

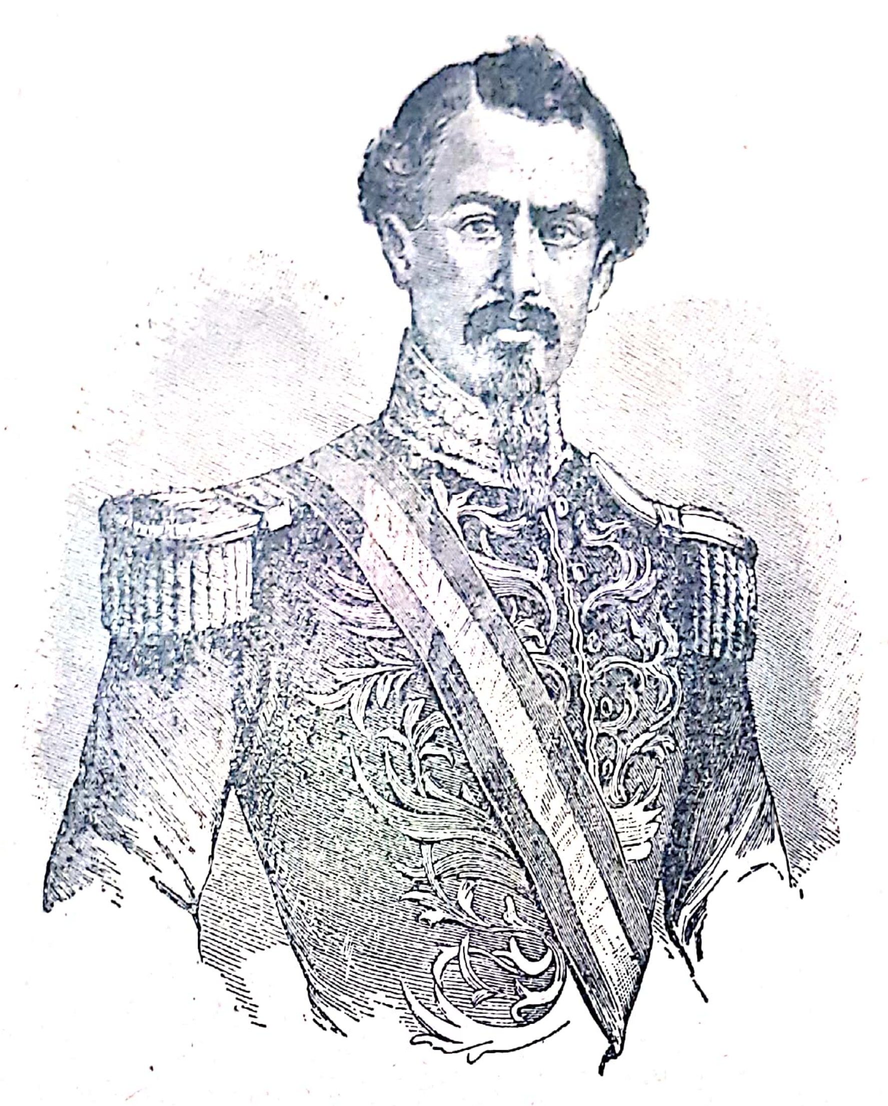
Una vez que se hizo cargo de la presidencia, Miramón se aplicó a crear recursos para emprender la campaña de Veracruz. A este objeto estableció el moderado impuesto de uno por ciento sobre todo capital mayor de mil pesos. Hecho esto, el 14 de febrero salió de la capital hacia el este la división de reserva, con el general Casanova a la cabeza. El 16 dejó la capital el presidente para dirigir las operaciones del ejército que sitiaría Veracruz.

Entre tanto, don Benito Juárez aceptaba humillaciones a la soberanía nacional (una humillación más, ¿qué importa a México?) ofreciendo cubrir, a cambio del retiro de la escuadra franco-inglesa que bloqueaba Veracruz, las indemnizaciones que ésta reclamaba por daños sufridos por franceses e ingleses cuando el general juarista de la Garza ocupó Tampico. Juárez, como dice don Mariano Cuevas, limpió los zapatos de los reclamantes con la bandera mexicana.

Al mismo tiempo, los juaristas se propusieron resistir el ataque de las fuerzas de Miramón. A este objeto fortificaron el punto del Chiquihuite, donde situaron un cuerpo de ejército. El puente de Atoyac, espléndida obra de ingeniería que costó en tiempos de los virreyes medio millón de pesos, fue dinamitado por un artillero norteamericano, que poco después fue capturado y fusilado cerca del puente destruido.

El 12 de marzo llegó Miramón a la fuerte posición del Chiquihuite, en que los juaristas hacían consistir su primera y principal defensa en el camino de Veracruz. Las fuerzas regeneradoras atacaron con ímpetu y los defensores tuvieron que abandonar el punto, dejando en poder de Miramón 3 cañones. Vencida la dificultad de este paso, y abandonada la posición de Barranca de Jamapa, las tropas de Miramón siguieron su marcha hasta Paso del Macho, donde se reunió el general Casanova. Al retirarse, los constitucionalistas volaron otros 3 puentes. De Paso del Macho se dirigieron las tropas conservadoras a la Soledad, donde los liberales las esperaron. Atacada la posición, cayó en poder de Miramón, tras un combate de 45 minutos. Los liberales huyeron dejando en el campo un cañón de a 8, un obús, 100 fusiles nuevos, armas y municiones recién adquiridas en los Estados Unidos, 28 arrobas de pólvora en barriles, algunas mulas, la bandera del ligero de Ayutla y 100 prisioneros, de los cuales no se fusiló a ningún mexicano, y sí al yanqui que voló los puentes.

Los constitucionalistas, en su fuga, quemaban el pasto de los campos y las chozas de las rancherías. Y corriendo a todo correr, se replegaron a Veracruz, plaza sobre la que Miramón seguía avanzando, incontenible.



D. Miguel Miramón

"QUE VENGA JUAREZ A NUEVA YORK"

En los Estados Unidos seguían con atención el curso de las operaciones militares del ejército de Miramón. *El New York Herald* dijo lo siguiente a propósito del peligro que corría Juárez:

"Si arroja (Miramón) a Juárez de Veracruz y reduce su causa a la desesperación, esto no hará más que disponerles más favorablemente de lo que han estado hasta aquí para admitir el auxilio de los norte-americanos; y si ellos lo piden a los hombres más a propósito, lo obtendrán de modo que puedan aceptarlo. Que venga el presidente Juárez a Nueva York y le enseñaremos el camino para que pueda dar con jefes militares experimentados, intrépidos y dignos de su confianza, que en el espacio de tres meses sean capaces de organizar, equipar y conducir a México cincuenta mil hombres, y

de reponer en sus funciones al presidente y al congreso constitucionales en la capital de México, advirtiendo que esto podrá hacerse con la cuarta parte del gasto de lo que él ha invertido en la inútil lucha del año pasado. . . *Contra Miramón directamente debemos emprender la lucha,* porque es el legítimo y directo sucesor de Zuloaga, que insultó tanto a nuestros ministros y conciudadanos".

El periódico que publicó esto andaba atrasado de noticias: la ayuda que Juárez necesitaba la había empezado a recibir ya, y de modo muy efectivo.

ASALTO A LA CAPITAL

Santos Degollado, que se hallaba en Morelia cuando Miramón disponía el ataque de Veracruz, proyectó un asalto a la capital con las fuerzas que operaban en distintos puntos del país y con el propósito de obligar a Miramón a correr en auxilio de la ciudad de México, dejando en paz a don Benito y su gobierno.

En una carta escrita por Degollado a Pueblita el 25 de febrero le informaba que la causa que defendían estaba en serio peligro, pues Miramón con 5,000 hombres se dirigía a sitiar Veracruz.

"A la fecha —añadía—, según las noticias recibidas en el ministerio de mi cargo, se halla en Orizaba, y nosotros, para impedir a ese temerario joven que avance hasta Veracruz, cuya plaza, si es tomada, equivaldría a la muerte de la constitución y de sus heroicos defensores, debemos hacer un esfuerzo supremo para impedir este fatal caso".

Santos Degollado, que como militar era un excelente sacristán, exponía en su carta las causas que, a su juicio, habían determinado el fracaso del asalto intentado en octubre anterior a la capital por el general Miguel Blanco (el que entonces llevó la plata robada a la catedral de Morelia a la casa de Mr. Forsyth), y expresaba su confianza en que, mejorada por él la estrategia, "caerían como un rayo sobre la capital rebelde".

El *héroe de las derrotas* se dirigió de Morelia a Guanajuato, a cuyos vecinos ricos, ya exprimidos en ocasiones anteriores, impuso un empréstito de cien mil pesos. Hecho de recursos, se dirigió a Querétaro, plaza de la que salió rumbo a la capital el 14 de marzo, con 8,000 hombres y 30 cañones.

Los generales Tomás Mejía y Gregorio Callejo reunieron en San Miguel 3,000 hombres y se propusieron molestar a los constitucionalistas en su marcha. Cerca de Ahorcado les dieron alcance, y obligándolos a reñir, la caballería que mandaba el diestro Tomás Mejía causó estragos en las filas del ejército liberal, el que dejó muchos muertos, heridos y 179 prisioneros, cuya vida respetó Mejía, como siempre.

Degollado continuó la marcha, sin preocuparse de destruir al enemigo que iba pegado a sus espaldas.

Al saberse en México la aproximación de las tropas mandadas por Degollado, Blanco, Zaragoza, Quiroga, Pueblita y otros, la ciudad fue declarada el 18 de marzo en estado de sitio. Pocos días después el ejército liberal llegaba a Tacubaya, donde se situó, extendiéndose hasta el castillo de Chapultepec, con objeto de cerrar el paso a Mejía y Callejo, pero éstos, por otro camino, entraron en la capital el 23 y fueron recibidos con repiques de campanas.

El 1º de abril se inició el ataque a la plaza. Tres columnas de las mejores tropas se lanzaron contra las defensas de las calzadas de la Verónica y San Antonio de las Huertas, la puerta de San Cosme y el parapeto de Belén. El ataque recio y formal se concentró sobre la trinchera de San Antonio de las Huertas, y por 3 veces fueron rechazados los asaltantes, con grandes pérdidas. Entre los cadáveres recogidos por los defensores se hallaban los de cinco norteamericanos, uno de ellos con grado de capitán, llamado Green, en cuya ropa se encontró un cáliz y una patena.

Entre tanto, el general conservador Leonardo Márquez, que había salido de Guadalajara en auxilio de la capital, entró en ésta con una fuerte división el 7 de abril.

Santos Degollado había perdido ya la oportunidad de apoderarse de la capital. Neciamente dejó que fueran acumulándose elementos de defensa, en vez de atacar en serio cuando la guarnición era débil. De la ofensiva pasó a la defensiva.

Leonardo Márquez, que sí era un terrible hombre de guerra, calculando que las fuerzas de que disponía eran suficientes para provocar a un combate a sus contrarios, dispuso atacarlos en sus mismas posiciones. El 11 de abril se trabó el encuentro. La derrota de los constitucionalistas fue total. Dejaron en poder de las tropas de Márquez sus 30 cañones, igual número de carros de municiones, enorme cantidad de armamento y 200 prisioneros. Y dejaron algo más: la banda de general y la casaca de gran uniforme de don Santos Degollado. Estas prendas fueron izadas en la puerta central de palacio, para escarnio de su dueño.

Poco antes de que terminase la lucha, llegó Miramón a la capital y se dirigió al campo de batalla casi en los momentos en que ésta concluía. Ahí mismo otorgó a Márquez el grado de general de división.

De los 200 prisioneros, Márquez fusiló a 16, entre ellos al general Manuel Lazcano y tres médicos o supuestos médicos, pues también echaban tiros. Los liberales armaron un terrible alboroto con motivo de estas ejecuciones, olvidándose de que ellos habían empezado en Zacatecas a fusilar prisioneros. A los sacrificados se les designa con el nombre de "Mártires de

Tacubaya" y el culto que se les rinde se explica porque entre ellos había extranjeros. Hay que venerar a los que vienen de fuera a matar mexicanos, según los dictados de la historia oficial. Por eso los *mártires de Tacubaya* tienen monumento que perpetúa su memoria, y no lo tienen los valientes mexicanos que cayeron bajo las balas del invasor en Angostura, Veracruz, Cerro Gordo, etc.

RECONOCIMIENTO DE JUAREZ POR LOS ESTADOS UNIDOS

La presencia del general Miramón en la capital cuando terminaba el encuentro de Tacubaya se tomó como el signo de que la plaza de Veracruz había caído en poder de los conservadores. Pero la verdad era otra. Miramón había levantado el sitio de Veracruz, frente a cuyos muros permaneció hasta el 29 de marzo. La falta de recursos —armas, víveres, dinero en suma— y el mal clima que había diezmado sus tropas, así como el amago a la capital, lo obligaron a desistir de la empresa.

La retirada de Miramón alentó al partido de Juárez y dio motivo a que se apresurara el reconocimiento de su gobierno por Washington. En efecto, Roberto Mac Lane fue enviado a Veracruz como ministro cerca del gobierno de Benito Juárez y José María Mata fue reconocido como ministro y enviado plenipotenciario de Juárez por el gobierno de Washington.

Este reconocimiento significó un golpe serio contra los regeneradores. La nación temía con motivo que ese hecho representara la entrega del territorio mexicano por Benito Juárez al poderoso vecino. El mismo gobierno de Veracruz se encargó de demostrar lo fundado de ese temor. Melchor Ocampo, al comunicar la noticia del reconocimiento a los gobernadores, decía:

"Algunos economistas piensan que un vecino rico y poderoso vale más y da más ventajas que un desierto devastado por la miseria y la desolación. El gobierno (de Juárez) seguirá a esos economistas ahora que está en relaciones con los Estados Unidos".

Lo anterior quería decir: entreguemos a los Estados Unidos las provincias fronterizas desiertas, porque eso nos conviene según los economistas. Podía haber concluido, con rigurosa lógica: si les entregamos la mitad del país, entonces el vecino será más rico, y nosotros más felices, según los economistas. Y si nos quedamos sin patria, pues todavía mejor.

Sin duda que Melchor Ocampo representa muy bien la mentalidad del traidor, usando esta palabra en el sentido menos peyorativo posible. El y su gente son *traditores,* esto es, entregadores. Entregan el suelo de México, entregan su alma, entregan su futuro.

La nación peleaba desesperada contra estos entregadores, y los jefes militares del ejército regenerador, con Miguel Miramón a la cabeza, eran quienes encarnaban el espíritu de resistencia de México a la entrega total.

La suerte de las armas seguía favoreciendo al partido bien llamado conservador porque trataba de *conservar*, no un orden político viejo y caduco, sino el territorio y la independencia de México.

En junio, Márquez y Vélez derrotan a Hinojosa y Arteaga en el rico mineral de la Luz, cerca de Guanajuato; el infatigable Tomás Mejía obtiene varios triunfos en el Bajío; Robles Pezuela se apodera de ciudades de Veracruz; Juan Vicario y Abraham Ortiz dominan el Sur. Los juaristas, por su parte, caen sobre ciudades mal guarnecidas y huyen de ellas cuando se acercan los conservadores.

González Ortega establece en Zacatecas un *Tribunal de salvación pública* con atribuciones de castigar con la pena de muerte al que atacase el orden *constitucional*, y obliga a salir del estado a todos los sacerdotes.

LAS LEYES DE REFORMA

Las leyes de Reforma son el resultado de la aplicación de un nuevo concepto acerca del Estado, a saber: el de que la sociedad política tiene supremacía absoluta sobre todas las demás sociedades que existen.

Expresan, pues, el designio de someter la sociedad religiosa al poder civil. No fue la *separación* de Iglesia y Estado lo que decretaron, sino la sujeción de una al otro. Ignorando o desconociendo el principio de que la sociedad religiosa es soberana dentro de su propia esfera y tiene, por lo mismo, autoridad y libertad para obtener su fin, el Estado se *exorbitó*, esto es, se salió de la órbita a la que su acción está limitada por la razón y la ley, y quiso no sólo absorber sino reducir a la nada a la Iglesia, rompiendo con ello la tradición política de todos los pueblos civilizados de la tierra.

El primer acto que señala los efectos de la concepción liberal acerca de los derechos del Estado fue la *Ley Lerdo* (25 de junio de 1856) que prohibió a las corporaciones civiles y eclesiásticas poseer bienes raíces. Luego la constitución que desencadenó la guerra que estamos relatando autorizó violaciones a la esfera de acción de los grupos. Por último, el decreto expedido por Benito Juárez en Veracruz el 12 de julio de 1859 afirma el concepto de la soberanía absoluta del Estado. Ese decreto contenía, entre otras, las siguientes disposiciones: entran al dominio de la nación todos los bienes de la Iglesia; se suprimen las órdenes religiosas; se prohibe la fundación de nuevos conventos; los libros, impresos, manuscritos, pinturas, antigüeda-

des y demás objetos pertenecientes a las órdenes religiosas, se aplicarán a los museos, bibliotecas y otros establecimientos públicos; quedan cerrados perpetuamente todos los noviciados.

La aplicación de este decreto equivalía a suprimir la existencia de la sociedad afectada. De eso se trataba, ni más ni menos.

MAS TRIUNFOS CONSERVADORES

Los directores de la Reforma habían dicho: "La Revolución debe caminar con todo su poder, con toda su grandeza, con todos sus horrores. No hay que pararse en los medios, no hay convenios que aceptar... Cuando se trata de regenerar un pueblo o de reformar sus leyes, la sangre es necesaria... Nada importa que los campos se talen, que las poblaciones se diezmen, que haya muertos a millares..." [4]

De acuerdo con este programa, la revolución seguía su marcha. De enero de 1858 a julio de 1859 se habían librado 71 combates, entre ellos 8 grandes batallas. De estos 71 combates, 55 habían sido favorables a las armas conservadoras.

Pero la sangre vertida todavía no era bastante. Debía continuar la guerra. Y continuó, con ventaja para el ejército regenerador.

A principios de septiembre, el general Adrián Woll derrotó en León a las fuerzas mandadas por los generales Degollado, Hinojosa, Román, Quiroga y Sánchez. Los muertos fueron 230 y grande el número de los heridos.

Vidaurri, el jefe liberal norteño, decretó retirarse con su ejército a Monterrey, privando de 4,000 hombres a las fuerzas que combatían en el interior. El propósito de Vidaurri era hacerse fuerte en su provincia, dejando que los demás generales se las arreglaran como pudieran. Indignó a Degollado esta decisión y el 11 de septiembre expidió en San Luis Potosí un decreto destituyendo a Santiago Vidaurri del mando político y militar. Vidaurri contestó con otro decreto por el que puso fuera de la ley a Degollado desde el momento que pisase territorio de Nuevo León.

En la Estancia de las Vacas, lugar cercano a Apaseo, el ejército de Miramón atacó el 13 de noviembre a una división de siete mil hombres mandada por los generales Degollado, Blanco, Arteaga y Doblado. Fue una pelea sangrientísima que empezó a las 7 de la mañana y terminó al mediodía, con la derrota de las fuerzas liberales, las que sufrieron 260 muertos, muchos heridos y 420 prisioneros, además de la pérdida de 30 piezas de artillería,

---

[4] *"El Rayo Federal"*.—Abril 1855.

20 carros de municiones, 500 fusiles y otros pertrechos de guerra. Entre los heridos estaba el general Santiago Tapia, al que Miramón trató con extraordinaria nobleza.

Los Regeneradores vencían en todas partes: Marcelino Cobos tomó Oaxaca el 7 de noviembre; Severo del Castillo ocupó Zacatecas, y Tepic fue vuelto a tomar por Manuel Lozada, después de dos acciones sangrientas que costaron a los constitucionalistas que mandaba Esteban Coronado 400 muertos.

En seguida de la victoria de la Estancia, Miramón se dirigió a Guadalajara, donde el general Márquez renunció al mando de la división, resentido porque el gobierno no había aprobado la ocupación de una conducta de caudales que Márquez ordenó para pagar a sus soldados.

De Guadalajara, Miramón se dirigió a abrir la campaña de Colima. Los constitucionalistas, al mando de Rojas, le disputaron el paso, pero fueron vencidos, y Miramón entró en Colima el 22 de diciembre, y de ahí marchó contra el enemigo, que se había situado en la barranca de Tonila. En este lugar se dio una sangrienta batalla el día 24. Dos horas y media duró la acción, en la que un enemigo valiente al abrigo de un bosque fue derrotado por Miramón.

Todos estos triunfos habían dado un gran poder a la causa conservadora. Sólo dos ciudades importantes tenían bajo su dominio los liberales: Morelia y Veracruz. Entonces comprendieron que no podrían sostenerse por mucho tiempo, atenidos a sus propias fuerzas. Por lo mismo, se imponía la ayuda de los Estados Unidos, a cambio de lo que fuera.

EL TRATADO MAC LANE-OCAMPO

Por cuatro millones de pesos (prácticamente dos, pues los otros dos se quedarían en poder de los Estados Unidos para pago de reclamaciones) Benito Juárez anuló la soberanía de México, en virtud del tratado Mac Lane-Ocampo, firmado en Veracruz el 1º de diciembre de 1859. Juárez concedió a los Estados Unidos: *a*) derecho de tránsito a perpetuidad por Tehuantepec (art. 1º), desde Camargo y Matamoros u otro punto del Río Grande hasta Mazatlán por la vía de Monterrey, y desde Nogales u otro punto fronterizo cercano hasta Guaymas por la vía de Magdalena y Hermosillo (art. 7º); *b*) autorización para que los Estados Unidos empleasen fuerzas militares para la seguridad de las personas y los bienes que pasaren por esas rutas (art. 5º); *c*) fijación de los derechos aduanales en los puertos de las tres vías citadas al arbitrio de los Estados Unidos (art. 8º); *d*) exención de préstamos

forzosos para los estadounidenses residentes en México (art. 9º) y *c*) obligación para los gobiernos de México y de los Estados Unidos de recurrir el uno al otro para hacer cumplir el tratado (art. 1º adicional).

En resumen: Juárez gravaba con servidumbres de paso el suelo nacional, lo que equivalía a una enajenación, y autorizaba la ocupación militar de México por los Estados Unidos. En otros términos, sometía al país a la dominación directa de los yanquis.

El *Times* de Londres publicó este comentario acerca del tratado:

"Si el tratado que se supone arreglado en Veracruz llega a ratificarse, México, desde ese momento, pasará virtualmente al dominio norte-americano. Toda la parte septentrional del país será abierta a los colonos, quienes no sólo tendrán privilegio de introducir efectos libremente, sino que podrán llamar en auxilio propio a las tropas de los Estados Unidos, en cualesquiera dificultades que les sobrevengan de parte de la población nativa. Las vías de tránsito cedidas respectivamente desde los límites occidentales de Tejas, hasta el golfo de California, y de océano a océano por el istmo de Tehuantepec... estarán exclusivamente bajo la inspección de los norte-americanos. Con tales concesiones la absorción de la república mexicana puede ser llevada a cabo poco a poco y sin provocar la inútil resistencia que traerían consigo más directos procedimientos".

Afortunadamente para México, en los momentos en que se sometió a la aprobación del senado norte-americano el tratado Mc Lane-Ocampo, la pugna entre sur y norte se desarrollaba en toda su fuerza. Los estados del norte no podían consentir en el engrandecimiento territorial del sur con la anexión de los Estados de Chihuahua, Sonora, parte al menos de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, anexión que tendría que ser el resultado de la ejecución del convenio. Puesto a discusión éste en el senado, se objetó por una parte que Juárez no ejercía un poder indiscutible sobre toda la nación, y por otra que el pago de cuatro millones era excesivo. Finalmente, y a pesar de que Mata hizo todas las modificaciones que se le exigieron, se rechazó el tratado en la sesión del 31 de mayo de 1860.

Mientras Juárez vendía a su patria, los conservadores dominaban en casi toda la extensión del país. Al terminar el año de 1859, o sea el segundo de guerra, el gobierno de la capital tenía bajo su poder todas las ciudades y villas principales de la república, excepto Morelia, Tampico y Veracruz.

Hemos visto cómo durante los dos primeros años de guerra, el resultado de la mayor parte de las acciones de armas favorece al ejército regenerador. Miramón no pierde una batalla. Esté donde esté el enemigo, sea cual fuere su número, *el joven Macabeo* acaba por vencerlo.

El año de 1860 comienza también con victorias conservadoras. Pero las cosas empezarán a cambiar pronto.

Si a los mexicanos nos hubiesen dejado resolver solos nuestras dificultades, la historia de México sería muy diferente de lo que es. Pero la intervención de poderes extraños en nuestras disputas domésticas, favoreciendo a los que representan el interés contrario a la nación, ha hecho de nuestra historia un relato de largas guerras sangrientas, y motivado largos períodos de anarquía y miseria.

No hubiesen muerto tantos miles de mexicanos en la guerra de reforma, ni habría continuado el país en constante estado de perturbación, si uno de los bandos en lucha no recibe la ayuda material y moral de los Estados Unidos, ayuda que vino, en resumen de cuentas, a determinar su triunfo.

A principios de 1860 volvió el general Miramón a la ciudad de México. Tenía el firme propósito de lanzar a Juárez de Veracruz y terminar con eso la lucha. Organizó, pues, sus divisiones y el 8 de febrero salió de la capital para dirigir las operaciones militares sobre el puerto.

Las diversas divisiones que marchaban sobre Veracruz ascendían a siete mil hombres. La plaza, perfectamente fortificada, sería defendida por 4,510 hombres y 154 piezas de artillería de gran calibre. Con abundantes municiones, víveres por tiempo indefinido y excelente moral, la plaza debía ser calificada como inexpugnable.

Sin embargo, el general-presidente confiaba en rendir el reducto constitucionalista mediante el ataque de sus divisiones y el bloqueo del puerto. Como no había buques, envió al contra-almirante Tomás Marín a Cuba con el encargo de comprar y equipar algunas naves y proveerse de armas y municiones. Marín cumplió el encargo adquiriendo dos barcos. Uno de ellos, el *Paquete Correo núm. uno,* que recibió el nombre de *General Miramón,* era de 430 toneladas y costó $ 70,000.00. El otro se llamaba *Marqués de La Habana,* fue comprado a un señor Iglesias en $ 50,000.00 y tenía 400 toneladas. El primero fue abanderado desde luego mexicano y quedó bajo el mando de don Tomás Marín. El segundo se abanderaría mexicano luego que llegado a las costas de México se hubiese probado su buen estado.

El 27 de febrero salió la escuadrilla de La Habana, tocó en Sisal y

Salinas y después de sufrir demora por avería de uno de los vapores, el 6 de marzo se avistó en Veracruz.

Entre tanto, el ejército conservador avanzaba hacia el puerto, venciendo los obstáculos opuestos por el enemigo. Este le disputó el paso en la Barranca de Jamapa, punto que fue tomado por el general Miguel Negrete después de una lucha terrible. En su retirada, las tropas liberales incendiaron los campos y destruyeron los edificios.

ANTON LIZARDO

El 6 de marzo, los dos vaporcitos de Miramón fondearon en la bahía de Antón Lizardo. En seguida el general Marín envió un bote al lugar donde estaba una señal con anticipación convenida entre él y Miramón. El bote regresó con los marinos Valle y Canal, quienes pusieron en manos de Marín nuevas instrucciones y le dieron la grata nueva de que el puerto de Alvarado se hallaba en poder de fuerzas conservadoras. Hecho su cometido, los marinos volvieron a tierra a informar a Miramón, el que se mostró seguro de que la plaza, privada de auxilio por mar, se vería precisada a rendirse. Pero es que Miramón no contaba con que la escuadra norteamericana, interesada en el triunfo de Juárez, se proponía capturar los débiles vaporcitos que constituían la escuadrilla mexicana. Y era que nadie podía imaginarse que la marina de los Estados Unidos violaría la neutralidad interviniendo a mano armada en una cuestión que no le incumbía.

A las 8 de la noche del 6, los buques de guerra franceses, ingleses y españoles surtos en Sacrificios, vieron que se acercaban de Veracruz algunos barcos. Eran los vapores *Indianola* y *Wave* y la corbeta de guerra *Saratoga,* de 40 cañones, perteneciente a la marina yanqui. Al reconocer los jefes de las respectivas escuadras a la *Saratoga,* ordenaron que todos los buques izasen sus faroles de situación. La *Saratoga* y los dos vapores que la acompañaban, como tratando de ocultarse a la vista de todos, no izaron ninguna luz y continuaron su marcha en la oscuridad con dirección al puerto de Antón Lizardo, donde había fondeado la escuadrilla de Marín. Serían las 11 de la noche cuando el oficial que vigilaba en el vapor *Miramón* advirtió que se acercaban los barcos e inmediatamente bajó a avisar a Marín de lo que pasaba. Este subió a cubierta en el acto y pudo ver que los buques se acercaban a toda prisa. El contra-almirante mexicano mandó que se levantase toda la gente y que se activase el fuego de la máquina que había quedado con algún vapor. Apenas cumplida esta orden, los buques, que se habían acercado más, dispararon una granada y luego otra. Marín, suponiendo que los vapores remolcaban lanchas liberales, contestó el fuego con

los cañones del *Miramón*. Entonces tomó el anteojo y con sorpresa distinguió que no eran lanchas, sino un buque de 3 palos el remolcado. Comprendió al instante que aquel barco pertenecía a la marina de guerra norte-americana, y como tenía órdenes de su gobierno de evitar complicaciones con el de los Estados Unidos, mandó que no se hiciese fuego, de lo que se aprovecharon el *Saratoga*, el *Indianola* y el *Wave* para acercarse impunemente.

El general Marín quiso poner en movimiento su barco, pero muertos los timoneles, faltando al buque el gobierno al tomar la dirección del bajo, se varó de proa.

"Varado el buque —dice el parte de Marín—, uno de los que me hostilizaban, que después supe era el *Indianola*, atracó al costado, haciendo un fuego de artillería y fusilería tan nutrido, que manifestaba desde luego la intención de echarnos a pique. No quedándome absolutamente recurso alguno de defensa, y a la intimación de rendirse, se contestó con una bandera blanca, a cuya señal los agresores saltaron inmediatamente a bordo, armados los unos de fusiles, los otros con espada de abordaje y algunos con pistolas, solicitándome por mi nombre".

Marín fue conducido en un bote a la corbeta *Saratoga*, donde el comandante Turner tuvo el cinismo de lanzarle esta acusación:

—Usted tendrá que responder por la sangre norte-americana vertida, mandando hacer fuego sobre los marinos de los Estados Unidos.

—Señor —le contestó Marín con entereza—, sus buques dispararon primero sobre los míos, y si contesté fue porque nunca me pude figurar que los que me atacaban fuesen otros que los constitucionalistas de Veracruz.

Mientras tanto, los marinos yanquis saqueaban el *Miramón*. "En los pocos momentos que permanecí en la *Saratoga* —escribió Marín a un amigo— los soldados y marineros norteamericanos entraron en mi cámara, de la que sacaron dos cajones de tabaco y mi reloj. Las botellas de vinos y licores las rompían con las bayonetas, por el cuello, para bebérselas, por lo que el piso de la cámara estaba intransitable. Algunos baúles de los marineros fueron fracturados, tomándoles el dinero y alguna de la ropa que tenían".

El *Marqués de La Habana*, que tenía izada bandera española, fue atacado luego por los norteamericanos. El *Marqués* permaneció quieto, esperando el resultado de aquel inesperado ataque. La *Saratoga* se acercó a él y envió un bote con gente, cuyo oficial intimó al capitán del *Marqués de La Habana* que pasara a bordo de la corbeta norte-americana. Turner, que se hallaba en cubierta, recibió al capitán, que era Miguel Arias, con estas palabras.

—Capitán, ¡usted es un pirata!

Arias le contestó:

—Yo tengo mi bandera larga y usted no; y creo que entre los dos, si

hay algún pirata, ése es usted porque viene a romperme el buque y matarme la tripulación, sin saber por qué, y sin bandera larga.

Los capitanes y las tripulaciones de ambos barcos fueron llevados prisioneros a Nueva Orleans, a donde llegaron el día 26, para ser procesados por el delito de piratería.

CULPABLE

El historiador Alejandro Villaseñor, que escribió un excelente estudio sobre el incidente de Antón Lizardo, juzga de este modo la conducta de Juárez:

"Duro es aplicar un calificativo como el que vamos a estampar; pero cuando resulta merecido, después de estudiar fríamente los hechos, no se debe retroceder en decirlo: Juárez, llamando a Jerwis para que lo ayudase a liberarse de sus enemigos, cometió un grave atentado contra la independencia y la dignidad de México, permitiendo que el extranjero apresase a mexicanos y que ejerciese actos de jurisdicción en el territorio nacional.

"Y nada puede atenuar este calificativo: Juárez llamó a los norteamericanos nada más para salvarse él y para salvar a su partido, que hubiera quedado perdido con la toma de Veracruz. No envió al *Saratoga* a que persiguiese los buques conservadores, sino únicamente a que los capturase en el punto donde estaban desde hacía horas anclados; y a título de que había declarado piratas a las naves de Marín, instigó al capitán Jerwis a que cometiese un verdadero acto de piratería.

"El atentado aludido se llama en derecho *traición a la patria,* y en vez de que pueda atenuarse en algo, dadas las circunstancias que concurrieron en el asalto, se agravó ese atentado, ese delito, con el de *piratería* cometido por el *Saratoga* al abordar al *General Miramón* y al *Marqués de La Habana,* de la manera como lo hizo" [5].

(Jerwis era el jefe de la escuadra americana anclada en Veracruz con el pretexto de proteger la vida y los bienes de los norte-americanos).

SE LEVANTA EL SITIO

La captura de los dos vaporcitos, que traían bombas y municiones en abundancia para el ejército sitiador, desbarató los planes del general Miramón. Sin embargo, éste no quiso abandonar la empresa y emplazó poderosas baterías para abrir el fuego contra la plaza. Pero antes propuso al general Ramón Iglesias, que defendía la plaza sitiada, el arreglo pacífico

[5] Alejandro Villaseñor y Villaseñor, *Estudios Históricos,* Vol. I, p. 17.

entre ambos partidos que diese por resultado la terminación de la guerra. Hubo conferencias pero no acuerdo, porque Juárez no cedió un punto respecto a la vigencia de la constitución de 57, causa de la guerra.

El general Miramón, viendo que no le quedaba más recurso que el de la guerra, rompió el fuego sobre la plaza la tarde del 15 de marzo. El sitio duró algunos días, hasta que consumidos todos los proyectiles huecos y las municiones en el ejército sitiador, Miramón resolvió levantar el campo el 21 por la noche. Las operaciones se practicaron con el mayor sigilo y el general-presidente se puso en camino de la capital, a la que llegó el 7 de abril. Ahora no volvía triunfador. La escuadra yanqui se lo había impedido.

A partir de Antón Lizardo cambia la suerte del partido conservador. Todos sabían lo que significaba el decidido apoyo de los Estados Unidos al partido de Juárez. Miramón, es verdad, no mostró desaliento. Pero la adversidad de la fortuna parece revelarnos desencanto interior, cansancio y asco.

Zuloaga, que era el presidente interino, y que había dejado a Miramón en el puesto, determinó reasumir el mando y repentinamente, el 9 de mayo, hizo publicar un decreto en el que declaraba que era presidente de nuevo. El motivo de su determinación era la inconformidad con algunas providencias dictadas por Miramón. Este general, en vez de aceptar la destitución, se presentó en la casa de Zuloaga y lo arrestó. Al día siguiente Miramón se puso al frente de su ejército, formado para emprender la marcha, y dirigiendo la palabra a Zuloaga, le dijo, delante de los oficiales de su estado mayor:

—Voy a enseñar a usted cómo se ganan las presidencias.

Dicho esto dio la orden de partida y se puso en marcha, llevando a Zuloaga como prisionero.

NUEVAS CAMPAÑAS

La marcha de Miramón a los ya ensangrentados campos de guerra del Bajío reanimó a los conservadores. Miramón se dirigió contra las tropas del general Uraga, quien después de vencer al general Rómulo Díaz de la Vega, ocupó San Luis y marchó a Lagos. Miramón llegó el 20 de mayo a la ciudad de León y de aquí siguió luego en busca de Uraga. Este abandonó Lagos al saber que Miramón se acercaba, y tomó el rumbo de Guadalajara, plaza que defendía el general Adrián Woll. Uraga la atacó el día 24. Los constitucionalistas lanzaron repetidos asaltos, con indecible furia, pero fueron rechazados tantas veces cuantas atacaron. Muertos y heridos los principales jefes liberales, y herido y arrojado en tierra el mismo general

Uraga, se retiraron los juaristas, dejando 16 cañones, muchas armas y municiones. El general Uraga, tendido en una calle, con una pierna destrozada, fue hecho prisionero y llevado ante el general Woll, quien también estaba levemente herido. Uraga fue tratado como Dios manda. A consecuencia de su herida sufrió la amputación de la pierna.

Pocos días después, el jefe juarista Pedro Hinojosa fue derrotado en un lugar de Durango por el coronel Domingo Cajén. Pero mientras Miramón perseguía a los restos del ejército de Uraga, Celaya fue ocupada por tropas liberales el 17 de mayo, y Guanajuato el 27, por el general Pueblita. Toluca cayó en poder de los constitucionalistas el 30 de junio.

En el mes de agosto, el general Zuazúa, que fue el primero en matar prisioneros, y que se había hecho del lado de Vidaurri, fue muerto a tiros por unos soldados del jefe liberal Aramberri, cerca de Saltillo.

Zacatecas, San Luis, Aguascalientes y Morelia se hallaban bajo el dominio de los constitucionalistas. Con el objeto de marchar sobre las tres primeras ciudades, Miramón reunió en León el mayor número de tropas. De esta ciudad se escapó Zuloaga, cuya aparición en cualquier punto de la república, reclamando el ejercicio del poder ejecutivo, podía causar graves dificultades. En vista de ello, Miramón informó de lo acontecido al Consejo de Estado, el que se reunió luego y decidió que Miramón siguiera investido con el carácter de presidente de la república. El joven general depositó el cargo en don Ignacio Pavón, presidente de la corte suprema, el que lo ejerció 2 días, o sea mientras los representantes de los departamentos hicieron nueva elección, la que recayó en el propio Miramón.

LA BATALLA DE SILAO

Durante dos años había peleado en todas partes el joven jefe del ejército regenerador, y en todas partes había vencido a sus oponentes. Ahora tenía que emprender de nuevo la conquista del territorio que más de tres veces había emprendido. Y otra vez está en el Bajío, en las grandes llanadas "donde Miramón colocaba sus batallones con elegancia deportiva".

Ahora tendría que enfrentarse a un formidable ejército constitucionalista de 9,000 hombres, mandado por los generales González Ortega, Antillón, Zaragoza, Doblado y Berriozábal. Miramón marchó a batirle con una fuerza de 3,000 soldados bisoños. No obstante la superioridad numérica del enemigo, el invicto general confiaba en la victoria. Y mueve sus tropas sobre Silao, punto donde están reunidas las divisiones liberales.

Puestos ambos ejércitos uno frente a otro, y hechos los reconocimientos de rigor, la batalla dio principio al romper el alba del 10 de agosto (1860).

En unos minutos se hace general el combate. La artillería de Miramón abre grandes brechas por el camino de la Loma de las Animas. Con sus abundantes tropas, el jefe liberal González Ortega puede ocultar sus dispositivos de batalla: cambia sus posiciones mientras Miramón hace descansar a sus soldados. A las dos horas de pelea, y ante el fuego terrible de la poderosa artillería constitucionalista, los bisoños soldados regeneradores comienzan a huir, dominados por el pánico. Inútilmente trata Miramón de contenerlos. A las 8.15 de la mañana, después de 3 horas de tremendos ataques, el Ejército Regenerador huye completamente derrotado y deja en poder de los liberales toda su artillería, bagajes, municiones y pertrechos de guerra, así como un número grande de prisioneros, entre ellos varios generales. Miramón galopa, perseguido por los vencedores. Escapa entre lanzazos, bajo los que cae uno de sus ayudantes. A un encarnizado perseguidor, Miramón le tira a la cara una bolsa de onzas de oro: sus pistolas no tenían parque.

El parte rendido por González Ortega desborda júbilo triunfal. No era para menos: había vencido al hasta entonces invicto Miguel Miramón. Dice así:

"Después de un reñido combate en el que ha corrido con profusión la sangre mexicana, ha sido derrotado completamente D. Miguel Miramón por las fuerzas de mi mando, dejando en mi poder su inmenso tren de artillería, sus armas, sus municiones, las banderas de sus cuerpos y centenares de prisioneros, incluso en éstos algunos generales y multitud de jefes y oficiales. El combate comenzó al romper el alba y concluyó a las ocho y nueve minutos de la mañana".

En el parte que rindió al ministro de guerra, Miramón dijo que: "la artillería liberal, *servida por artilleros norteamericanos,* había ganado la batalla".

Deshecho el ejército conservador, las tropas liberales ocuparon Silao, Querétaro, Celaya y Guanajuato.

"MIS ESFUERZOS AISLADOS SON IMPOTENTES"

El general Miramón se dirigió a la capital, a la que llegó el 14 de agosto. La recepción que se le hizo pareció más de un vencedor que de un vencido. Su presencia bastó para reanimar los espíritus desalentados por la tremenda derrota de Silao.

El mismo día de su llegada se instaló la junta de representantes que, convocada con arreglo a la ley, le había elegido presidente interino de la república. Miramón aceptó el nombramiento, y jurado el cargo, pronunció estas palabras:

"Señores: Jamás se había encontrado la república en circunstancias más difíciles que las presentes. Esta consideración me determina a aceptar la suprema magistratura, a cuyo desempeño acaba de llamarme esta junta respetable. Hasta donde mis fuerzas alcancen, procuraré cumplir el juramento que he prestado, y corresponder a la confianza que en mí deposita la nación, y de que hoy recibo un testimonio más brillante y más grato que cuantos debía yo a mis conciudadanos... Pero, señores, mis esfuerzos aislados son impotentes para dominar la situación que atravesamos; cuento con la cooperación más eficaz de todas las clases de la sociedad: sólo unidos los buenos mexicanos al supremo gobierno, alcanzarán de la Providencia la felicidad de la nación como premio debido a sus virtudes cívicas".

Justa era la queja encerrada en las palabras de Miramón: habían descargado sobre él toda la responsabilidad de la lucha. Y él era un genio militar, un jefe maravilloso, pero no podía hacerlo todo.

Trató, sin embargo, de reorganizar sus fuerzas para salir de nuevo a campaña y vengar la derrota de Silao. Necesitaba dinero, en primer lugar, y lo pidió a quienes lo tenían, a los ricos que habían amasado fortunas en el tiempo de Santa Anna. Unos dieron algo, a regañadientes. Otros se rehusaron. Miramón, iracundo, puso en la cárcel a dos de ellos: Manuel de la Rosa y Juan Goríbar. El pueblo daba sangre; los ricos no querían dar ni un poco de su dinero. Faltaban las virtudes cívicas de las que Miramón había hablado en su mensaje.

Entre tanto, el vencedor de Silao marchaba hacia la capital. A fines de agosto tenía reunidos en Querétaro 6,500 hombres, con 29 piezas de artillería. En San Juan del Río se hallaba el general Pueblita con 500 soldados de caballería.

Los liberales se habían hecho de dinero de una manera muy fácil: apoderándose de lo ajeno. Doblado ordenó al general Echeagaray que ocupase una conducta de caudales (más de un millón de pesos) que tenía bajo su custodia. Ese dinero había salido de Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí, y sus dueños, extranjeros en su mayor parte, habían pagado al gobierno liberal los derechos debidos para que la suma se trasladara a Tampico. El jefe nombrado para mandar la fuerza que debía custodiar la conducta de caudales fue el general constitucionalista Echeagaray, mismo que recibió orden de que se apoderara de ella. Degollado aprobó lo hecho. Al final, los liberales se quedaron con $ 700,000.00, con los que las operaciones militares recibieron un gran impulso.

Recordará el lector que Leonardo Márquez fue destituido del mando porque ocupó una conducta para pagar sus tropas y que el gobierno conservador obligó a la restitución del dinero. Los conservadores tenían la in-

: costumbre de distinguir entre lo ajeno y lo propio. Los liberales, significaba una ventaja para ellos.

de recursos, el general González Ortega pudo mover las fuerzas reunido y que ascendían a 14,000 hombres. Su primer intento fue bre la ciudad de México, pero considerando que no era pruden-ngún enemigo a sus espaldas, se dirigió a Guadalajara, que estaba por una fuerza de 3,000 hombres al mando del general Severo), y a la que puso sitio. El general Márquez, que se había rein-al ejército, acudió en socorro de la plaza. Los constitucionalistas su encuentro, y el 1º de noviembre, en una loma cerca de Tepati-neral Márquez fue derrotado por una combinación de fuerzas al los generales Zaragoza, Huerta, Berriozábal, Rojas y Carbajal.

a la esperanza de auxilio, la guarnición de Guadalajara capituló iembre.

Leonardo Márquez, sufrido el descalabro, tomó el camino de la

EL PRINCIPIO DEL FIN

uación del gobierno conservador era cada momento más difícil. os recursos, destruidos sus ejércitos, parecía que había llegado el el fin.

de noviembre, la ciudad de México fue declarada en estado de

del mismo mes, el presidente lanzó un manifiesto en el que ex-uación del país empleando los siguientes términos:

a de tres años ha que triunfante en México el ejército que había o el Plan de Tacubaya, emprendió su marcha para plantar en los ntos el gobierno que emanaba de aquella revolución salvadora. a en victoria llevó sus banderas por una gran parte del territorio al expirar el año de 1859, la mayor parte y más importante de la era regida por el gobierno supremo establecido en la capital... esastres en la guerra han reemplazado a los espléndidos triunfos ob-tes por nuestras armas; sucesivamente han sido conquistados los ntos que estaban unidos a la metrópoli y hoy sólo México y alguna d importante están libres del imperio de la demagogia. ¿Será que ncia aún quiere probar la virtud del pueblo mexicano?... Preocu-bierno en las operaciones militares, en vano ha pensado en mejo-ninistración y los elementos todos que hacen dulce la vida social; podido conservar en los lugares de su mando algún orden que ase-

ha intentado más de una vez encontrar una solución conveniente y debida a las grandes cuestiones que dividen a todos los habitantes de este suelo; sus esfuerzos han escollado en dificultades que no estaba en su mano vencer... ¿Quién, al ver el cuadro de la república que presenta nuestra historia más reciente, no suspira pronunciando la bellísima palabra *Paz?* Yo soy mexicano, amo a mi patria como el mejor de sus hijos, la veo, con amargura, desgarrada por dos partidos que se despedazan mutuamente... he brindado el olivo de la paz al partido opuesto, haciendo una abstracción absoluta de mi persona y proponiendo como la gran base de la paz la voluntad nacional... pero parece que los jefes constitucionalistas temen oír la voz de la nación expresada libremente, y obstinados en imponer a la nación una ley que rechaza, han frustrado las diversas negociaciones que con diversos motivos se han iniciado para buscar la paz. Hoy el enemigo ha batido a nuestras tropas por todas partes; dueño de una vasta extensión del país, emprende su marcha sobre la capital rodeado del prestigio que da la suerte próspera en las batallas... ¿Qué debo hacer en tan crítica situación?... El enemigo, más fuerte hoy, será más exigente, seguirá gritando: ¡guerra contra la religión de nuestros padres, que es esencialmente civilizadora; guerra contra el ejército que es el sostén del orden y la salvaguardia de la independencia nacional, guerra contra la sociedad, en la que están cifrados los intereses de los individuos! Y yo, con dolor aunque con energía, tendré que contestarles: ¡guerra de defensa de la religión, guerra en nombre del ejército, guerra en nombre de la sociedad!... ¿Quién será coronado con los laureles de la victoria? Hoy, sólo está en el alto juicio de Dios".

ASALTO A TOLUCA

Las tropas liberales seguían su marcha a la capital. La primera división, al mando de Felipe Berriozábal, llegó a Toluca, con Santos Degollado, a quien Juárez había quitado el mando.

Miramón, de acuerdo con Márquez, determinó caer de sorpresa sobre las fuerzas de Berriozábal. El 8 de diciembre salieron ambos con 3,500 hombres. Miramón, que era muy sagaz, vistió con uniformes liberales a los miembros de una descubierta de exploradores para engañar a la primera avanzada que encontrase, capturarla y evitar que diese la voz de alarma. El día 9 sorprendió y redujo a prisión a una compañía de mosqueteros. A las 11 llegó el ejército a la hacienda de la Magdalena, de aquí se dirigió Miramón al cuartel general del Cóporo, mientras el general Miguel Negrete marchó a todo correr a la plaza de armas, donde se hallaba la artillería, compuesta de 12 cañones. El general Berriozábal se hallaba ahí. La columna conservadora se lanzó veloz sobre las piezas, no dando lugar a que las cargaran, y los artille-

ros huyeron. Berriozábal quedó solo, entre los cañones, y rodeado de contrarios. Negrete se arrojó sobre Berriozábal, preparando su pistola; Berriozábal empuñó la suya y ambos se dispararon, sin hacer blanco. Berriozábal logró retirarse hacia el convento de San Francisco, desde donde hizo una vigorosa resistencia al ataque de las tropas de Negrete. Agotadas las municiones, se rindió con 36 jefes y oficiales y 401 soldados. El hermano de Miramón se apoderó del convento del Carmen. El triunfo de los conservadores fue completo. Artillería, carros con municiones, vestuario, material de guerra, todo cayó en poder de ellos. Entre los prisioneros se contaban el general de división Santos Degollado y los de brigada Berriozábal y Juan N. Govantes, quienes no dudaron de que serían pasados por las armas. Pero no se les hizo el más leve daño. Presos en uno de los salones de palacio, gozaron de todas las comodidades.

CALPULALPAM

El ejército de González Ortega, de 11,000 hombres y con un formidable tren de guerra, se acercaba a la capital. Para atacar estas fuerzas, Miramón sólo disponía de 7,000 hombres desmoralizados, con los que salió al encuentro de Ortega antes de que se le reuniesen los demás jefes liberales. El 22 de diciembre, en Calpulálpam, se trabó el combate. A las 8 de la mañana se lanzan los conservadores contra el flanco izquierdo enemigo, donde se encontraba la división Michoacán, que sufre grandes bajas y retrocede. Miramón se propone forzarla y llegar hasta la retaguardia del ejército de González Ortega, pero llegan en auxilio de la división que retrocede las de Jalisco y San Luis Potosí, es decir, se impone la superioridad numérica de los liberales, quienes toman la iniciativa y lanzan tropas de refresco al ataque, el que resisten heroicamente las fuerzas de Miramón. Entonces éste manda cargar a mil hombres de caballería. El éxito de esta carga es contrario. Los mil hombres vuelven grupas ante el fuego de la artillería y una gran parte de ellos pasa a las filas enemigas, lo que provoca el desconcierto, la desmoralización y la derrota total del ejército regenerador, el que emprende la fuga abandonando su artillería, sus bagajes y sus heridos.

El general Miramón entró en México al día siguiente y avisó al embajador español su propósito de evacuar la plaza a fin de que el cuerpo diplomático tomase las medidas oportunas para asegurar las personas e intereses de sus nacionales. Los diplomáticos pasan al campo de González Ortega a procurar un decreto de amnistía, lo que no consiguen.

Miramón abandonó la ciudad el 24 por la noche, con una fuerza de 1,500 hombres, quienes lo abandonaron, por lo que don Miguel volvió solo a la capital, donde se ocultó perfectamente.

Márquez y Zuloaga se marcharon con los jefes y soldados de caballería que quisieron seguirles.

El 25 de diciembre las primeras tropas del ejército vencedor entraron en la capital de la república.

BIBLIOGRAFIA

ARRANGOIZ, Francisco de P.: *México desde 1808 hasta 1867.*

BRAVO UGARTE, José: *Historia de México.*

BULNES, Francisco: *Juárez y las Revoluciones de Ayutla y Reforma.*

CAMBRE, Manuel: *La Guerra de Tres años.*

CARREÑO, Alberto María: *La Diplomacia Extraordinaria entre México y Estados Unidos.*

CUEVAS, Mariano: *Historia de la Iglesia en México; Historia de la Nación Mexicana.*

ESQUIVEL OBREGÓN, Toribio: *Apuntes para la Historia del Derecho en México.*

GIBAJA Y PATRÓN, Antonio: *Comentario a las Revoluciones de México.*

PAYNO, Manuel: *Memoria sobre la Revolución de diciembre de 1857 y enero de 1858.*

PAZ, Ireneo: *Algunas campañas.*

PLANCHET, Regis: *La cuestión Religiosa en México; El Robo de los Bienes de la Iglesia.*

SIERRA, Justo: *Evolución Política del Pueblo Mexicano.*

VIGIL, José M.: *México a través de los siglos.*

VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR, Alejandro: *Estudios Históricos.*

ZAMACOIS, Niceto de: *Historia de México.*

ZERECERO, Anastasio: *Memorias para la Historia de las Revoluciones de México.*

INDICE